

A. ESPINO.

UN CUENTO DE HADAS.

RECUERDOS DE LA INFANCIA,

CON UN PEQUEÑO PRÓLOGO Y COMENTARIO FINAL
POR EL AUTOR.

CADIZ.

IMPRESA DE LA REVISTA MÉDICA DE D. FEDERICO JOLY,
CEBALLOS (ANTES BOMBA), NÚM. 1.

1885.



A. ESPINO.

UN CUENTO DE HADAS.

RECUERDOS DE LA INFANCIA,

CON UN PEQUEÑO PRÓLOGO Y COMENTARIO FINAL
POR EL AUTOR.

CADIZ.

IMPRESA DE LA REVISTA MÉDICA, DE D. FEDERICO JOLY.
CEBALLOS (ANTES BOMBA), NUM. 1.

1885.

AL DISTINGUIDO LITERATO,
PERO MODESTISIMO ESCRITOR FREXNENSE,

D. LUIS ROMERO Y ESPINOSA.

A su bondad debo un leal afecto; á su generosidad un recuerdo, que no han tenido mis conciudadanos y amigos, por el cual figura mi modesto nombre, inmerecidamente sin duda, entre los ilustrados ingenios del Folk-Lore extremeño; á V. dedico, pues, la primera página que arranco del album fantástico de mi infancia: acéptela en testimonio de la gratitud y del aprecio de su afectísimo

ROMUALDO.

PEQUEÑO PRÓLOGO.

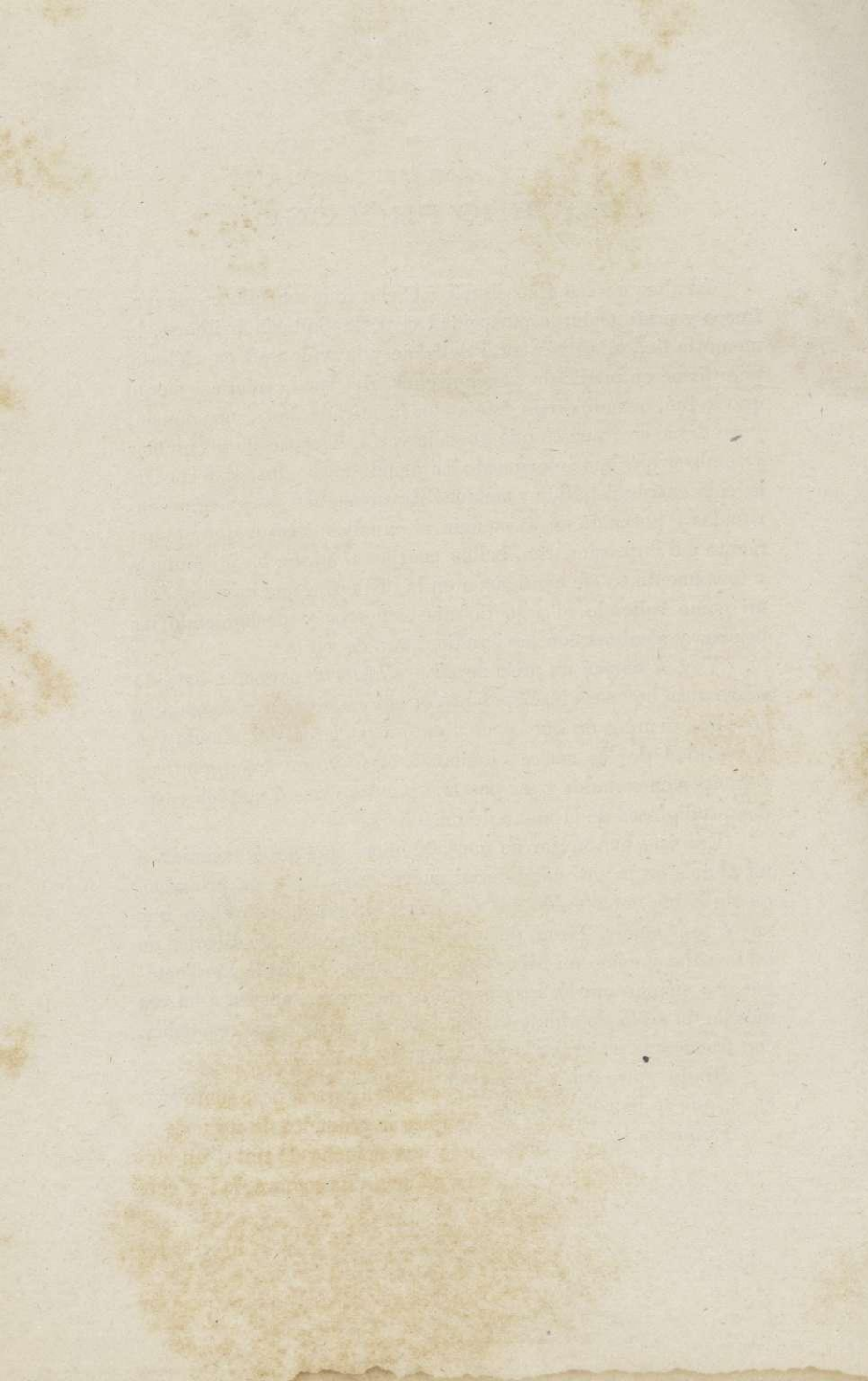
El alma de los niños huele á Cielo: todo en ella es nuevo, fresco y perfumado: la curiosidad viva, la fantasía brillante, la memoria fiel, el sentimiento delicado y la voluntad caprichosa, pero firme en medio de sus caprichos. Así fué la mía; así siento que lo fué, cuando dirijo hácia ella la mirada de mi conciencia; y así debió ser, puesto que yo nada vería, á causa de las nieblas y sombras que han interpuesto las penalidades y los trastornos de la vida entre mi pálido y melancólico presente y las auroras sonrosadas y puras de mi existencia, si aquellos sucesos que hondamente me impresionaron, bellos cuerpos tomaron en mi fantasía y tenazmente se me arraigaron en la memoria, no viniesen hácia mí como saliendo al paso de mis esfuerzos y deshaciendo las brumas y sombras con las irradiaciones de su luz.

Voy á narrar un mito de mi *prehistoria* personal, calcado sobre unas borrosas inscripciones de mi conciencia y tomado de aquellos tiempos en que, poco atento á las cosas del mundo y á la realidad de los sucesos humanos, creía yo en los gigantes y príncipes encantados y me paseaba por los aires ó por los castillos prodigiosos de la mano de mi niñera.

Era ésta una mujer de unos 60 años, que había asistido á mi abuela en la natividad de mi padre, cuya infancia probablemente había entretenido mil veces con el fantástico relato que voy á reproducir. Tiene, pues, mi cuento un valor tradicional en mi familia; y como mi niñera murió allá por el año 60 y era octogenaria cuando murió, resulta que el tal cuento, cuenta á su vez más de un siglo de vida entre las leyendas orales que resonaban con frecuencia en el fondo de mi hogar.

Rindo, pues, con mi recuerdo un tributo á aquella pobrecita vieja, que se llamaba *Maria*.

Empiezo.



UN CUENTO DE HADAS.

FAD-EL-BERTO.

PARTE I.—EL NEGRO.

Érase una vez, de una madre con tres hijas: tenía aquella una hermana en un convento de la ciudad y, dicho se está, que para nada la servía, y salvaba los conflictos de su pobreza merced al trabajo de sus hijas, costureras de profesión. Llamábase la más pequeña, la más bonita y hacendosa, Mariquita, y era, por su habilidad, su gracejo y su amor al trabajo, la delicia de su madre y la envidia de sus hermanas.

Un cierto Domingo de invierno que, por una parte brillaba el sol en medio de un cielo transparente y azul, y por otra Mariquita se daba gran prisa para terminar un vestido que aquella tarde debía lucir una marquesa en el paseo, ocurriósele á la linda costurera subir á la azotea para continuar su trabajo al calor del sol y á la sombra de unas aromáticas enredaderas que cultivaba en unos cuantos tiestos, y que retorcían sus frescos tallos sobre la pared y por encima de un gracioso encañizado.

Díjolo á su señora madre, cogió su costura, subió cantando las escaleras y se sentó sobre una manta en el suelo, bajo el fresco dosel de hojas y flores.

Cose que cose llevaba más de dos horas; era muy cerca del medio día y ya terminaba su tarea, cuando notó que una ligera sombra oscurecía su labor, como si una nube hubiera cortado los rayos solares. Alzó los ojos, pero nada vió; el cielo seguía espléndido y transparente: no obstante la sombra seguía, y cada vez haciéndose más densa, hasta convertirse casi en una oscuridad que envolvía á la niña por completo. Mariquita se restregó los ojos, los abrió luego desmesuradamente, tendió su mirada espantada á su alrededor y vió luz y diafanidad por todas partes; pero sobre ella, como si bajo sus plantas se dibujase la redondez de un pozo, ó como si el suelo hubiese escupido una mancha de tinta, un círculo negro, ó más bien como una columna de sombra, la iba cer-

cando por completo. Se levantó, corrió de un lado á otro y la sombra la seguía á todas partes, como si las tinieblas formasen un estuche en que debiera morir aprisionada: volvió á mirar al cielo y entonces sí vió, ya descansando sobre los pretiles y barandales de la azotea, una densa y enorme masa de vapores, á manera de un humo que arrastraba menudos pero innumerables filamentos de hollin.

Mariquita tuvo miedo: dió un grito y corrió á la puerta de la azotea; pero la encontró cerrada: entonces palideció, una cierta opresión sintió en el pecho, cerró los ojos, cruzó las manos alzándolas al cielo, y cayó desmayada.

Entonces, abriéndose la nube, apareció un negro que la cogió en sus brazos y hundiéndose con ella entre aquellos vapores, desapareció en los aires.

En aquel momento llamaba la madre á la muchacha, advirtiéndola de que estaban dando las doce y de que era preciso *coger la misa*: mas al ver que no respondía, subió por ella, vió allí el vestido terminado, y como no era fácil que se hubiese ido á pasear por los tejados, creyó que su hija había bajado ya y estaría acabándose de vestir en su cuarto, aun cuando extrañaba que se hubiese dejado el traje en la azotea. Volvió á descender llamándola á voces, recorrió toda la casa, preguntó á sus otras hijas, y bien pronto todo fué confusión, y gritos, y lamentos, y preguntas, y extrañas explicaciones de la desaparición de Mariquita. Finalmente; que la creyeron muerta á veces, que á veces la creían viva sin poderse explicar el caso, que la lloraron, que se enlutaron por ella y que las hermanas se consolaron, en tanto que la madre envejeció diez años, no se acostumbró jamás á la pérdida de su hija, ni pudo darse cuenta de su desaparición, no obstante las peregrinas y raras explicaciones de su hermana la monja que lo atribuía todo á milagro del Cielo, dado que la virtud de la niña no podía hacer pensar en que se la hubiese llevado el diablo.

PARTE II.—POR EL AIRE.

Tendida sobre el leve vapor de la nube, que interiormente parecía sonrosado aliento de la radiante aurora, y de pié y con los brazos cruzados contemplándola aquella figura colosal de reluciente ébano, en cuyos rojos lábios vagaba una suave sonrisa y en cuyos enormes ojos brillaba una mirada de ternura, reflejo prodigioso de la noche guardada en las pupilas, caminaba Mariquita por los aires presa aun del desmayo producido por la sorpresa y el espanto.

La nube subió mil veces más rápida que una bala en línea recta hasta colocarse fuera del alcance de la vista de los humanos, osciló luego graciosamente en el espacio y partió como una flecha hácia el mediodía como buscando el ecuador terrestre. A ser posible distinguir desde tan grande altura nuestro exíguo planeta, se hubieran visto pasar en rapidísima carrera bajo un océano de luz, valles, montañas, ríos y mares que iban á hundirse tras un horizonte azul y en los abismos de la inmensidad.

Al fin el negro sacó de un bolsillo de su ropilla, de raso escarlata bordada de oro, un pequeño pomo, y doblando una rodilla sobre la nube, que cedía á su peso como blando cojín de plumas, se incorporó sobre la desfallecida doncella y la hizo aspirar su contenido.

Mariquita recuperó el uso de los sentidos, y con ellos la conciencia de la vida. Al ver al negro dió un grito y se cubrió los ojos con las manos.

—No temas, Mariquita; — le dijo éste con voz dulcísima y conmovida:—al lado mio no puede haber daño alguno para tí.

No creyó la jóven que una frase tan suave y un acento tan armonioso pudiesen salir de aquel fantasma tan horrible; pensó que algún otro personaje le hablaba y, sintiendo además renacer en su interior cierto ánimo, volvió á abrir los ojos, tendió una mirada á su alrededor y viéndose inundada por los postreros rayos del sol poniente, sola en medio del vacío, reclinada en la

nube que ceñía su delicado cuerpo blandamente, alzó las manos suplicantes hácia el negro, dirigiéndole una mirada angustiosa, pero sin poder todavía lanzar un grito.

—No temas, niña hermosa,—volvió á repetir el negro, siempre de rodillas ante la jóven, á pesar de lo cual se alzaba su cabeza á considerable altura:—al lado mio solo tienes que esperar placeres y venturas. En verdad que mi aspecto no es muy tranquilizador,—continuó con la misma dulce voz y con una sonrisa triste pero agradable, á pesar de su espantosa fisonomía:—seguramente no es tampoco el que conviene á una jóven tan bella y graciosa como tú; pero no siempre se posee todo lo que se quiere, y otras cuesta mucho alcanzar lo que se merece; por tanto, cierra los ojos, pero abre los oídos: por todas partes se vá al alma, y yo cuento más para ello con los efectos de mi voz que con las impresiones que puede causarte mi vista.

Mariquita le dirigió una rápida é involuntaria mirada, tras de la cual bajó los ojos sintiéndose hondamente dominada por una emoción extraña.

—No voy á disculpar el acto de violencia de que has sido víctima,—añadió, poniendo en su acento y en su entonación todo cuanto pudo de dulzura y melodía:—pero sí puedo atenuarlo á tus ojos, diciéndote que obedezco á algo mucho más fuerte que yo; que he luchado contra ello largo tiempo y que al fin me he visto forzado á ceder, como cede el esclavo ante el Señor. Mi aspecto es horrible, como forma de la esclavitud,—agregó filosofando;—pero seguramente si llegas á ver al Señor, te parecerá hermoso y adorable. Por otra parte; el porvenir que te está reservado no puede ser más seductor y halagüeño; porque yo no te he robado para hacerte mal alguno, sino antes bien para que seas dichosa:—y al decir esto, su voz se había hecho acariciadora y casi amorosa.

—Pero... y mi madre?—Se atrevió á preguntar Mariquita, algo confundida con aquella extraña arenga y sin haberse dado del todo cuenta de ella.

—Nada habrá de faltar á tu familia durante tu ausencia: diariamente y en nombre tuyo recibirá lo necesario para atender á su subsistencia y aun para mejorar sus condiciones. Po-

drás escribirle, y yo mismo le dejaré las cartas bajo la enredadera de la azotea.

—Y á dónde vamos?—preguntó la jóven.

--A un castillo.—contestó lacónicamente el negro.

—Y por qué?

—Porque lo quiere el poder que me manda.

—Y qué he de hacer allí?

—Ser la reina de aquella suntuosa y mágica morada. Mandar en alta voz y amar en secreto: dominar de día y ser de noche esclava.

—No os entiendo.

—Soy tu esclavo.

—No te entiendo.

—Por ahora nada más puedo decirte: además, ya hemos llegado.

En efecto, la nube acababa de detenerse sobre las almenas de un alto castillo.

—Estás en tus dominios: gran prudencia y valor, y tu suerte está decidida; así lo estuviera también la mía! Te advierto que de aquí no puedes salir; este castillo no tiene puertas, y sus anchas ventanas están bien aseguradas con fuertes rejas; pero no te asustes, porque en él no estarás sino el tiempo que quieras; porque es condición precisa para estar en él, estar á gusto.

—Tengo miedo!—murmuró la jóven.

—Dentro de tres días volveré por tí; espérame en este terrado.

Y diciendo esto se hundió en la nube y desapareció en los aires como un torbellino.

PARTE III.—EL CASTILLO.

Mariquita quedó como aturdida en medio de aquella alta y espaciosa azotea: aun no se había dado cuenta de tan prodigiosa aventura.

Algo más repuesta de su miedo y su asombro, y, preciso es confesarlo, por efecto de cierta virilidad y fortaleza de su ánimo, dió una vuelta por aquel inmenso terrado, distrajóse en mirar á las águilas por el lomo y en distinguir sobre la tierra como figuras de nacimiento, colinas y huertos, bosques y arroyuelos, y por último, se decidió á descender al castillo por aquella ancha escalera de blanquísimo mármol que se ofrecía á sus ojos provista de dos brillantes pasamanos de oro.

Hízolo así y dió en una cámara ricamente alfombrada y cuyas paredes ocultaba una elegante estantería llena de libros primorosamente encuadernados, de ciencias naturales, historia, geografía y viajes, así como de literatura, novelas, leyendas y poesías. Biblioteca era aquella amena, al par que instructiva, y que invitaba á pasar algunas horas admirando la riqueza y variedad de los forros, y el gusto y la riqueza de las láminas. Otra habitación, no menos grande y suntuosa, con magníficos tapices y multitud de objetos de arte, seguía á aquella, destinada, á juzgar por sus enormes y cómodos sillones, su ancha mesa colocada en el centro llena de periódicos y revistas ilustradas, sus ingeniosos atriles y la disposición del cortinaje que regulaba el paso de la luz, á salón de lectura; luego, un pequeño vestíbulo de brillantes jaspes, decorado con cuadros, dejaba ver las primeras gradas de otra magnífica escalera, en cuyo descanso inferior abrían dos puertas; la de la derecha conducía á un precioso comedor, exornado asimismo con riquísimos aparadores de maderas exóticas incrustados de oro y nácar, y tras de cuyos cristales aparecía una magnífica vajilla de plata y cristal con una P. y una F. entrelazadas bajo una corona de príncipe. En el centro del comedor había una pequeña mesa preparada como para al-

morzar, y con dos cubiertos dispuestos ante dos elegantísimos sitaliales, únicos que se advertían en la pieza. Un espejo giratorio descubría el torno que facilitaba el servicio y dejaba ver la comida y cuyos numerosos hornillos se hallaban ocupados con diversas viandas que exhalaban un olor exquisito.

Un gran ruido de cacerolas y otros instrumentos oíase en su interior, sin que Mariquita pudiese ver quién manejaba las diferentes piezas de aquella batería.

La otra puerta daba entrada á una preciosa alcoba, alfombrada con blando y rico tapiz, cuyas paredes se hallaban cubiertas de espejos y de cuya alta y aguda techumbre pendía con cadenas de oro una preciosa lámpara provista de una bomba de cristal color de rosa. Un solo, pero riquísimo y ancho lecho, ocupaba el centro del dormitorio, en uno de cuyos ángulos advirtió Mariquita una pequeña puerta; penetró por ella y hallóse en un precioso tocador de riquísimos jaspes, amueblado con magníficos espejos de marco de oro; sobre una bellísima ágata, que formaba la mas linda mesa que puede soñarse, se alzaba otro espejo de bruñida plata engastada en rica guarnición de perlas y esmeraldas, medio velada por amplios pabellones de encage, semejantes á los que formaba la colgadura del lecho; y en el fondo de aquella pieza, tras los espesos pliegues de una gran cortina de raso verde y oro, se hallaba una enorme conchâ de alabastro en que lanzaban sin cesar un agua perfumada dos cupidillos de plata, y que servía de poético y lindísimo baño al dueño ó dueña invisible de aquella mansión encantada. Grandes roperos y alacenas de maderas preciosas, contenian telas blancas riquísimas y vestidos de mujer elegantísimos y del más alto precio. Nada allí, ni en parte alguna, parecía indicar la presencia de un hombre. Mariquita, á la vez que se encantaba examinando tanta maravilla, iba experimentando una gran tranquilidad. Atrevióse á tocar muchos objetos, á vaciar sobre sus manos y ropas algunos de aquellos delicados perfumes guardados en frascos de cristal de roca ó de pomos de oro y plata, á descolgar algunos vestidos y probárselos. ¡Oh maravilla!... parecian hechos para su gracioso cuerpo! Atrevióse á dejar en él una preciosa bata de blanca cachemira

con franjas de terciopelo azul, con la que el espejo había reflejado su figura seductora, y siguió de esta manera su inspección.

Tras del tocador halló otro hermoso vestíbulo, y en él la escalera para descender á otro inferior departamento. Bajó á él, hallóse con nuevas maravillas y nuevos tesoros, agrupados en un magnífico estrado y en dos lindísimos gabinetes, uno de los cuales permitía, por una hermosa cancela de pintados vidrios, ingreso al jardín. Pasó á él Mariquita llena de gozo y, con mezcla de asombro y deleite, anduvo largas horas por aquellas hermosas, frescas y sombrías calles, interrumpidas por glorietas, cascadas y fuentes, de la pajarera á la gruta, del montecillo al lago, del invernadero al pequeño bosque, cogiendo flores, riendo y corriendo como una chiquilla, encantada con todos aquellos caprichos del arte de la jardinería y la floricultura, y olvidada por completo de su aventura, de su situación y hasta de su familia.

Aquel ejercicio abrióle las ganas de comer y el apetito la despertó de su sueño y la trajo á la realidad. Lentamente volvió piés atrás y, dirigiéndose hácia el sitio en que había visto el comedor, se sentó á la mesa.

Un momento despues Mariquita estaba servida; pero sus servidores eran invisibles: los platos y cubiertos movíanse y renovábanse con perfecta exactitud; pero las manos que los removían y los cuerpos de aquellas manos permanecían ocultos. No era éste el único prodigio que observaba la jóven; frente á ella y, á juzgar por los platos y copas que venían llenos y eran retirados vacíos, comía otra persona; pero también era invisible. El buen apetito que sentía la doncella y una agradable música que, sin saber de donde procedía, amenizó su almuerzo y distrajo su atención, la permitió desayunarse admirablemente, sin dar treguas á que la extrañeza, ni menos el susto, debilitase sus ganas de comer.

Terminado el almuerzo, se dirigió al cuarto de lectura, cojió un libro, sentóse en una poltrona y á las pocas páginas cayósele el libro de las manos y se quedó dormida.

Cuando despertó eran las tres de la tarde en el precioso reló de pared que acababa de interrumpir su sueño con otra melo-

diosa música. Recogió el libro del suelo, lo colocó en su puesto y se dirigió al jardín para dar un paseo. Al pasar ante un magnífico cristal de Venecia, notó que le habían cambiado el traje mientras dormía: un ligero sudor tiñó su frente; pero serenóse al fin, suponiendo que en aquel castillo encantado todo parecía indicar la presencia, aunque invisible, de una mujer.

Las aves, las aguas y las flores, que eran la delicia de Mariquita, la entretuvieron en el jardín tres ó cuatro horas que se deslizaron sin sentir; la llegada de la noche y una dulcísima melodía ejecutada por invisibles instrumentos en el castillo, la hicieron recordar que debía volver, porque quizá la esperaba la comida, de la que también sentía alguna necesidad. Cuando entró en el Palacio se lo halló espléndidamente iluminado, como si hubiese de darse en él alguna fiesta. Dirigióse al comedor y se halló en efecto preparada la comida y servida la sopa. Gran animación de sonidos y movimientos, los mismos dos cubiertos que por la mañana, el mismo servicio puntual y atinado; pero sin ser corpóreo, ni voz humana.

Terminada la comida, Mariquita, pensativa y como maquinalmente, levantóse de la mesa, pasó al gabinete y en una preciosa poltrona que había junto á la ventana, dejóse caer, echó hácia atrás la cabeza, cerró los ojos y se dió á pensar en los extraños acontecimientos del día: la soledad y la hora favorecían esos vuelos del pensamiento y la fantasía por la doble región de la realidad y del sueño, de la historia y la maravilla, de lo verdadero y lo increíble. La jóven se sentía presa de emociones muy variadas, pero todas ellas vivas y profundas, que se resolvieron al fin en un estado de melancolía dulce y suave, como aquella atmósfera que durante el día había estado respirando por todas partes.

Así pasó la noche; el seco golpe de una campana, que con grave sonido daba las doce, la hizo volver en sí, al mismo tiempo que sintió apagarse las luces del gabinete, el cual quedó alumbrado solo por la luz difusa de la luna, que debía brillar llena en el espacio y que penetraba muy débilmente por la ventana, cernida á través del ramaje que la tapizaba por fuera.

Instintivamente se dirigió á la puerta: una luz halló en el aposento contiguo, que colocándose ante ella, parecía invitarla á seguirla. Mariquita lo hizo así, atravesó los salones, subió las escaleras y penetró, siempre trás ella, en la alcoba. Allí la luz se extinguió y las puertas se cerraron, oyendo la jóven el ruido de una llave en la cerradura. Entonces sintió un profundo miedo, que se deshizo en un copioso llanto: cayó de rodillas y rezó. Mientras tanto, en un principio sin darse cuenta, despues con conciencia de lo que le pasaba, pero sin oponer resistencia alguna, notó que le deshacían el tocado, que la despojaban de sus ropas y que la vestían una preciosa bata de finísima batista y ricos encajes. Algo como una mano invisible, á semejanza de un soplo, la llevó hasta la cama y aún hubo de ayudarla á acostarse: despues, todo quedó en quietud y silencio.

Mariquita no podía dormir: á favor de la débil luz que despedía la lámpara pendiente del techo, entreteníase en admirar los detalles de su lecho y los adornos y pinturas de las paredes y el techo, cuando dió la una en el reló de la consola y apagóse de pronto la lámpara, hundiéndose la habitación en la más profunda oscuridad. La jóven no pudo menos de lanzar un grito, que procuró sofocar instantáneamente con la ropa de su cama. Despues huyó hácia un extremo de ella y permaneció encogida, temblando de miedo y conteniendo la respiración, ya que no podía acallar los violentos latidos de su pecho.

Sea que tal sucediese, ó que fueran ilusiones del miedo, la jóven creyó oír el débil ruido de una puerta que se abre y se cierra; pasos en la habitación contigua del baño, el correr del agua, cuyo delicioso perfume llegó hasta ella, y los movimientos de un cuerpo que se baña rápidamente; luego sintió los pasos en su misma alcoba; alguien que se llegaba á su mismo lecho y que, por último, se acostaba al lado de ella. Mariquita, cada vez más encogida, sentía su calor y el aroma que exhalaba; y sea que este aroma fuese narcotizador, sea que las mismas emociones ejercieran sobre ella un influjo superior á su voluntad, ello es lo cierto que se quedó profundamente dormida.

Al despertar todo había desaparecido: hallóse en su cama

sola: las puertas permanecían cerradas y apenas se percibían, de un modo fantástico entre sombras, los muebles de la habitación, á causa de los rayos de luz que penetraban por las rendijas de la ventana. Mariquita saltó del lecho, fué á ella y la abrió de par en par: el sol inundaba el jardín: debía ser mas de media mañana. Volvióse rápidamente hácia la cama y fijó en ella una mirada ansiosa; no había soñado; al lado de la huella que dejó su cuerpo sobre los colchones y las almohadas, se advertía claramente la de otro ser que había pasado allí la noche.

Suspiró: murmuró unas plegarias y se dispuso á vestirse. El mismo contacto suave de agentes invisibles y acariciadores sintió que la llevaba hácia el cuarto de tocador, donde la esperaba un baño fresco y delicioso: blandas y tibias sábanas la envolvían: un peinador blanco como la nieve cayó sobre su cuerpo de nácares: sintióse llevada ante el tocador, peinada y prendida con esmero y coquetería, y por fin vestida con suma elegancia y gran riqueza. No obstante el estado de su ánimo, Mariquita no pudo menos de sonreír ligeramente al contemplarse en un espejo: se encontró arrebatadora.

—Si me vieran mi madre y mis hermanas!...—exclamó en alta voz: era la primera vez que se veía á sí misma, y tal vez que en aquella mansión se articulaba una frase humana.

Y luego.... aquel día como el anterior: todo igual en el castillo, á excepción de las músicas y los manjares: el mismo servicio maravilloso, el mismo jugar por el jardín, el mismo cavilar durante la siesta y la misma visita misteriosa y nocturna.

Al día siguiente se repitieron estas escenas; pero hay que advertir que á Mariquita se le olvidó la cita del negro. Recordóla al cabo de seis días, y corriendo al terrado á las doce en punto, como le hubo de advertir el gigante, su raptor, hallóle sentado en una almena.

—Tres días hace que te espero, le dijo al verla.

—Perdona,—contestó ella—no he sido dueña de mí.

—Quieres ver á tu familia?

—Sin duda:—respondió rápidamente; pero luego, como vacilante, añadió:—Y saliendo, ya no se vuelve; ¿verdad?

El negro sonrió y dijo: — Se vuelve á los tres días: despues no.

—Entonces vamos: exclamó la joven resueltamente.

—Vamos:—repitió el negro.

Y, arrebatados ambos por la nube, se lanzaron á los espacios.

PARTE IV.—EL CONSEJO.

Mariquita estaba muy pensativa: el negro permanecía mudo, reclinado enfrente de ella, pero mirándola con una clara y sostenida expresión de ternura, casi de amor. La joven pensaba en su madre y en sus hermanos y ensayaba en su cabeza mil formas con que darle cuenta de sus aventuras: el negro no sabemos en qué pensaba.

El viaje se hizo rapidísimamente. El negro se levantó y dijo:

—Estamos en tu casa.

—Ya?—preguntó la joven.

—Escucha—agregó aquel.—Dentro de tres días, á las doce en punto, me tienes aquí, si quieres volver al Castillo, seguir tu suerte y conservar á tu familia en la posición en que vas á encontrarla. No ya un día mas; un cuarto de hora que tardes despues de las doce, os habrá privado á todos de lo que poseeis. ¿Vendrás?

—Vendré!—dijo la joven con seguro acento, disponiéndose á descender de la nube.

—Espera:—añadió él deteniéndola.—Todo puedes contarlo á quien quieras, excepto una cosa.

—Ah!—esclamó Mariquita.—¿Y cual?

—Las visitas misteriosas que has recibido de noche.

La joven se ruborizó hasta el blanco de los ojos: el negro sonrió maliciosamente.

—Callaré:—dijo.

—De lo contrario, también todo se habrá perdido.

—Repito que callaré.

—Adios: hasta dentro de tres días, á las doce.

—A las doce en punto me tendrás aquí.

Y el negro desapareció, en tanto que Mariquita descendió por las escaleras de la azotea, gritando:—Madre!... Madre!

No es fácil de describir la escena á que dió lugar el hallazgo de la muchacha. La sorpresa y la alegría se mezclaban para hacer experimentar á aquella madre y aquellas hermanas, las mismas emociones que si se tratara de una resurrección. Tras las caricias, las lágrimas, las sonrisas y las frases de placer y admiración, que brotaban á borbotones de aquellas tres bocas, Mariquita fué examinada de alto abajo y de delante á detrás, entre grandes elogios de su tocado y ávidas preguntas de lo ocurrido.

Con femenil desorden tratóse allí de todo atropelladamente; y en tanto que la heroína de aquellos encantamientos se informó de que su madre había encontrado diariamente colgada de la enredadera de la azotea una pequeña bolsa de seda verde con las aureas iniciales P. y F., conteniendo una reluciente onza de oro, con cuya suma habian mejorado considerablemente las penosas condiciones de su modestísima existencia, la familia supo con el mayor pasmo, y no poco susto á veces, y no escaso contento otras, el rapto aéreo de Mariquita, las maravillas del castillo encantado, los prodigios de aquella vida singular; todo, en fin; excepto, como había ofrecido, lo referente al ser misterioso que la visitaba en tinieblas.

Como es natural, luego empezaron las interpretaciones y comentarios, y sobre todo las explicaciones que pretendian darse de tan extraños sucesos, y las cuales bien pronto eran rechazadas, unas entre risas por ridículas, y otras sériamente por absurdas. Moles-tábase á todas el enigma; porque un misterio fué siempre el tormento de las mujeres, pero no por eso quedó menos el arcano oscuro para todas.

¿Quién habia robado á la muchacha? Por qué? Para qué? Qué término tendría aquello? Hé aquí unos probleemas, interesantísimos sin duda; pero que no por eso ofrecían una explicación medio racional.

Llegó por fin el momento de decir Mariquita que solo esta-

ría allí tres días, que había dado palabra de volver y que ella misma sentía vivos deseos de llegar al fin de aquellas raras aventuras. Las hermanas preguntaron si era posible que la acompañasen, y la madre bajó la cabeza algo entristecida: entonces tocó á la joven calmar el desagrado de aquellas al oír la negativa, y el pesar de esta última con la consideración de su bienestar y la esperanza de visitarla con frecuencia.

Ocurriósele á la madre proponer á Mariquita, como cosa muy natural, una visita á su tía la monja, que aplazó la muchacha para el último día; pero la madre no quiso retardarle la buena nueva á su querida hermana, y en tanto que sus hijas se entretenían oyendo dos y tres veces el sorprendente relato de aquellos estupendos sucesos, se puso la mantilla y se plantó en el convento. Como quien devuelve algo que le ha hecho daño, entre risas y llantos le espetó á la monja todo cuanto sabía, y por lo mismo que su curiosidad no debía hallarse satisfecha, terminó su cuento con la declaración de que sospechaba que su hija no se lo había dicho todo, sino que le ocultaba un secreto que había de ser como la clave de aquel enigma. Entonces prorrumpió la monja con acento de gravedad y firmeza:

—Creo lo mismo; pero no temas: tráeme á Mariquita y déjala á solas conmigo un cuarto de hora: te aseguro que sabremos todo cuanto hay oculto en esas maravillas, en que puede haber en efecto, algo providencial ó artes del demonio.

Así lo prometió aquella madre infeliz, y volvió á su casa algo mas tranquila. Nada de particular ocurrió aquel día, como no fuera un charlar continuo, un envidiar de las hermanas, un escamarse de la madre y un correr del tiempo, cosas todas que aceleraron la terminación de aquel breve plazo.

El último día muy temprano, Mariquita fué con toda su familia á ver á su tía; con un pretexto cualquiera dejáronla sola con ella, y no bien en tal situación, exclamó la monja con gran seguridad:

—Mariquita: lo sé todo: tú te callas lo mejor de tu relato.

—Juro á usted...—dijo la joven, sorprendida por lo brusco y lo firme de aquella acometida.

—No jures en falso: en ese palacio hay un hombre.

—Lo ignoro.

—No mientas: ya sé que has ofrecido callarlo.

—Yo?... Pero quién le ha dicho á usted?...

—Quién es ese hombre?

—No lo sé.

—Pues no lo has visto?

—No señora:—contestó la joven, sin observar que se iba de-
latando.

—Pues cierra las puertas y apaga la luz cuando va á verte?

—Solo vá de noche, y antes de entrar se extingue la lámpara.

—¿Luego no le conoces?

—Juro á V. que no:—y la muchacha contó lo poco que sa-
bía de su visitador aventurero: pero arrepentida de cuanto había
dicho, se echó á llorar, suplicando á su tia que no dijese una pa-
labra, pues si se averiguaba que había faltado á su promesa, esta-
ba perdida.

—Callaré; pero con una condición—dijo la tia.—Esto no pue-
de quedar así y es preciso saber quién es ese hombre.

—Pero cómo?—preguntó la joven apurada.

—Muy fácilmente. Toma este cabo de vela y estos fósfo-
ros; escóndelos donde nadie los vea; no confieses que me has
dicho nada, ni que llevas semejante proyecto: los pones bajo
la almohada y, así que sientas bien dormido á tu compañero,
con grandes precauciones, enciendes y lo descubres: apenas lo
veas, apagas, callas y en la próxima visita me cuentas lo que
hayas visto; es preciso saber lo que hay que hacer.

—Pero tia,—opuso la muchacha,—nó me atrevo.

—Calla! Y si es el demonio el que tienes á tu lado?

—Jesus qué idea!

—Todo pudiera ser: ese negro! Conque lo harás?

—Lo haré! Y Mariquita guardóse en el pecho vela y fós-
foros.

Volvió la familia: una seña de la tia llenó de gozo á la ma-
dre. Se despidieron, volvieron á su casa, almorzaron y, repitién-
dose allí otra mas larga y tierna despedida, subió Mariquita á la

azotea, sin consentir que la acompañase su madre, que quedó llorando, ni sus hermanas, que corrieron al balcón á ver si veían pasar la nube.

El negro la esperaba: en silencio le tomó una mano, se la besó con sumo respeto y, poniendo una rodilla en tierra, hizo con la otra escabel para que la joven subiese á la nube. Tras ella penetró él y al instante se elevaron ambos en el espacio, emprendiendo su milagroso viaje.

Mariquita permanecía silenciosa y como meditabunda: el negro se alzaba imponente ante ella, mirándola con cierta fijeza, pero como con cierta pena.

Al cabo de unos momentos rompió éste el silencio, exclamando con una voz dulcísima:

—Mariquita!

La joven se estremeció al volver á la realidad; alzó los ojos, los fijó en los de su conductor y, como respondiendo á la pregunta clarísima de aquella mirada profunda, dijo:

—Nada saben.

—Has cumplido mi encargo y tu promesa?—preguntó no obstante el negro.

—Sí:—dijo la joven con acento firme y decidido.

—Cuenta con el engaño,—repuso aquel,—porque será de muy fatales consecuencias.

—Nada hay que temer:—añadió la joven.

El negro calló: Mariquita volvió á su ensimismamiento; el negro á su muda contemplación y la nube seguía corriendo con velocidad tal, que ya se divisaban las almenas del castillo.

Algunos instantes despues, el negro volvió á decir:

—Mariquita; vamos á llegar; aún hay remedio para cualquiera indiscreción que hayas cometido: confíesala.

—Te he dicho que dejo cumplida mi palabra: nada sabe mi familia de los misterios nocturnos del castillo.

—Piénsalo bien:—insistió, no obstante, el negro.

La joven calló y volvió á quedar abstraída. Algunos minutos despues la nube se detuvo, abrióse y dejó á la joven sobre el terrado.

—Adios, María;—dijo el negro.

—Adios;—contestó solamente la joven.

—Conque nada has dicho?

—Nada: qué tenacidad!—exclamó la imprudente.

—Bien está. Sin embargo, me temo que no nos volveremos á ver mas en este sitio: y por si tal sucede, lo cual será señal de una gran desgracia, óyeme bien: en cualquier gran conflicto ó gran peligro en que te encuentres, grita, *Fadelberto, ven á favorecerme*, y me tendrás á tu lado.

Mariquita sonrió, tendió involuntariamente una mano al negro, que la besó con gran emoción cayendo de rodillas, y luego desapareció por la escalera, en tanto que aquel extraño personaje huía á la vez por el aire envuelto en la nube.

Mariquita encontró el interior del castillo como lo había dejado, y dió nuevo principio á sus mágicas aventuras, cambiando su traje de viaje por una riquísima bata de terciopelo blanco forrada de raso azul, que le vistieron los seres invisibles que moraban con ella: luego dió un largo paseo por el jardín, después comió, reposó en la butaquita junto á la chimenea, dormitando ó formando fantásticos planes en su imaginación, salió mas tarde al jardín, por el que prolongó su paseo para gozar de una hermosa luna que le inundaba, y al fin volvió al palacio, leyó, cenó y se acostó muy cerca de la media noche.

Todo se verificó como desde un principio. A la una se apagó la lámpara y, en medio de las tinieblas, sintió la joven la presencia de su misterioso visitador. Latíale á ella el corazón con gran fuerza y, en tanto que intentaba contenerlo con ambas manos, se esforzaba por aparecer dormida: algo, como un aliento ó un suspiro, sintió en su frente, que la hizo estremecerse de un modo singular.

Luego, el reposo fué absoluto, y algunos minutos despues, la respiración acompasada, pero suave, de aquel ser misterioso, parecía indicar haberse dormido. Mariquita esperó todavía una buena media hora á que aquel sueño se hiciese profundo, y despues con gran suavidad fuese incorporando en el lecho, deslizóse de él insensiblemente, pasó al tocador á tientas, encendió una cerilla y con

ella el cabo de vela, y, resguardando la luz cuanto pudo, volvió á la habitación temerosa de que, no el reflejo, sino los golpes que daba su corazón la delatasen. Mariquita estaba bellísima con la fina bata de encajes descompuesta y que dejaba ver su cuerpo nacarado por entre los calados y pliegues, el cabello suelto á la espalda y la doble ansiedad de la curiosidad y del miedo reflejada en el semblante.

Cuando llegó á fijar los ojos sobre su amante desconocido, apenas pudo contener un grito de admiración: un príncipe hermoso, de tez morena y negros cabellos, dormía sonriente apoyado en un brazo, doblado con gracia bajo su cabeza; el otro, tendido á lo largo, mostraba un hermoso zafiro en un dedo y un aro de diamantes en lo alto del brazo con una cifra: la *P* y la *F* entrelazadas.

Mariquita se quedó embebecida contemplándolo y no pudo evitar que una gota de cera de su vela cayese hirviendo sobre una de las mejillas del mancebo. Despertóse éste.

—¿Qué has hecho?—exclamó:—¡Me has perdido!

Una detonación horrible conmovió hasta los cimientos del castillo, haciéndole saltar en pedazos, y Mariquita se encontró sola, con su traje de percal y su pañolón de lana en medio del campo, negro y frío como su desgracia y su imprudencia. Cuando volvió de su asombro y se cercioró de su infortunio y su situación, cayó al suelo de rodillas y rompió á llorar.

SEGUNDA PARTE.

I.

FAD-EL-BERTO.

Un trueno horrible conmovió el firmamento ó hizo retemblar la tierra. Mariquita se puso instintivamente de pié; miró con espanto el cielo, que rasgó en aquel instante un relámpago, y lanzando un grito se dió á correr desprovista sin dirección. La lluvia empezó á caer á torrentes. Bien pronto jadeante, cubierta de sudor la frente, pero empapada de agua y temblando de frío, detúvose en el hueco que formaban dos peñascos. Bajo ellos volvió á caer desfallecida de cansancio y de terror, murmurando una oración.

De pronto se incorporó, como un rayo de esperanza creyó vislumbrar en lo oscuro de su mente y en lo negro del cielo, y cayendo de nuevo de rodillas, fija la mirada en lo alto y ambas manos cruzadas sobre el pecho, gritó desesperada:

—Fadelberto, ven á favorecerme!...

Ante ella, como si brotase de la tierra ó le tragese la tempestad, apareció el negro.

—Aquí me tienes.

Mariquita no supo que decir: con ser esperada la aparición del negro, prodújole una fuerte impresión de terror: miróle con ojos desencajados y luego, alzando hácia él los brazos, se arrastró á sus plantas. Un cárdeno relámpago iluminó á Fadelberto, que aparecía sobre aquel fondo de luz como un fantasma infernal é imponente.

—Supongo que no te atreverás á formular ni una queja;—añadió el negro.

—Piedad!—acertó á exclamar al fin la joven.

—Has sido perjura por nécia curiosidad, y falsa por traidora. Si nada hubieras dicho, todo al fin lo habrías sabido; y si no me hubieses engañado, todo aun se hubiera podido remediar.

—Perdón!—interrumpió María.

—Te has perdido, y has perdido al Príncipe que te amaba. De tu discreción dependía su encanto: bien supo el mago, que le condenó á no poderse presentar á muger alguna sino bajo un aspecto horrible, hasta que una de ellas no le desencantase, que no era esto posible fiándolo á la fragilidad femenina.

—No entiendo:—se atrevió á objetar la joven.

—En la oscuridad, el Príncipe recobraba su natural aspecto: á la luz y ante los ojos de una muger, su figura espantaba: no era posible inspirar amor bajo esta forma, ni tampoco lo ha sido hacerse amar en las sombras. Lo has perdido y te has perdido tú misma por tu imprudente curiosidad y tu obstinada reserva.

—Entiendo!... Llévame con mi madre.

—Imposible.

—Lloraré siempre, mas que mi propia desdicha, el infortunio del Príncipe.

—Inútil llanto. No son las lágrimas, es el amor el que puede desencantarle.

—Y caso no se llora tanto más cuánto más se ama?

—Cómo!, será cierto? Tú amas al Príncipe?— preguntó con ansiedad el negro.

—Sí; le amaba sin conocerle: su delicadeza, sus caricias, las frases dulcísimas que suspiraba á mi oído en aquellas noches misteriosas de amor, la extraña manera de aparecerse, las maravillosas circunstancias que le rodeaban y, en fin, su rostro hermoso, que he visto y que tengo grabado en el alma, me han hecho concebir por él una pasión de esas que no acaban sino con la vida. Ahora, al saber su desventura y al reconocerme causa de ella, siento que mi amor aumenta con la desesperación. Piérdame yo, que bien lo merezco: pero él, él por causa mía, eso no es posible. Díme dónde está ese mago cruel que le tiene encantado, qué es preciso hacer para encontrarle, y yo iré á verle, le rogaré que devuelva su libertad al Príncipe, aunque tenga yo para ello que perder gota á gota la sangre de mis venas, ó que me deje á mí tambien encantada, para que expie mi culpa ó pierda la conciencia de ella y el remordimiento que me produce.

Fadelberto escuchaba aquella dulce voz, que hacían las lágrimas más insinuante y conmovedora, con una cierta satisfac-

ción interior que se habría podido ver en sus ojos, si no estuviese la noche tan oscura. Sin embargo, la tormenta y la lluvia habían cesado: la tempestad venía despidiendo de vez en cuando sus últimos fulgores ante el día, que se dibujaba en el horizonte por una ancha faja de una luz débil y blanquecina.

Después de unos instantes de silencio, el negro preguntó:

—Tienes valor?

—Sí;—contestó la joven,—y hoy más, porque no me importa perder la vida.

—Aun pudieras salvar al Príncipe y ser feliz á su lado, puesto que él también te ama.

—Cómo? Díme qué hay que hacer? A todo estoy dispuesta;—exclamó la joven atropelladamente.

Fadelberto deslió en silencio un envoltorio de ropas que llevaba debajo del brazo y sacó de él un traje morisco completo de hombre, pero con el anacronismo indumentario de unas botitas de hierro.

—Toma,—dijo—disfrázate; ponte estos zapatos, camina siempre en línea recta, subiendo y bajando las montañas y sin apartarte de la dirección mas que para salvar los rios cuando no los puedas vadear ó atravesar á nado. En esta bolsa tienes dinero para el camino; pero cuenta que solo has de comer pan y peces y beber agua; un bocado de otro manjar ó una gota de otro licor, te harán perder el dinero y encontrarte otra vez en este mismo sitio y en la necesidad de empezar. Se romperán tus zapatos á la puerta de una ciudad. Entrarás en ella, pedirás hablar con el rey y solicitarás entrar en su servidumbre. Lo demás que te ocurra corre de tu cuenta: solo te advertiré que si estás allí tres meses, habrás ganado al Príncipe: veámos las trazas que te das para salir á salvo de las acechanzas que han de tenderte.

—Con tu ayuda espero conseguirlo todo:—dijo Mariquita, que había escuchado atentamente aquel mandato ó mejor dicho aquella sentencia.

—A mí no podrás verme sino hallándote en peligro de muerte: si tal sucediera, grita como ahora *Fadelberto, ven á favorecerme*, y me tendrás á tu lado; pero solo si te encuentras en tan duro trance. De todos los demás conflictos has de salir por tu

propia inspiración: pero no temas, que no te faltarán extraordinarios auxilios. Estás dispuesta á obedecerme?

—Puntualmente y con toda mi voluntad.

—Una última advertencia: te está absolutamente prohibido revelar tu sexo á nadie, ni hombre ni muger, ni niño ni anciano. Es preciso que todo el mundo te tenga por varón.

—Me tendrá.

—Llámate Fadelberto.

—Así me llamarán.

—Y adios: veamos si enmiendas tu falta. No me olvides.—
Y el negro desapareció.

Ya era de día. Mariquita se despojó de sus vestiduras, vistió el traje árabe, que la dejó convertida en un encantador mancebo, guardó su bolsa, calzó sus botitas de hierro, murmuró una plegaria y emprendió el camino.

II.

CAMINO HACIA LA EXPIACION.

Los primeros rayos del sol acabaron de arrollar hácia Poniente los últimos nubarrones de la tempestad: el cielo quedó azul y puro, y sobre él se alzó magestuoso el sol de Mayo inundando los campos tapizados de flores, perfumados con los aromas de las plantas forestales y animados por el variado gorgear de las aves.

Ni un rastro de la borrasca en el cielo ni en el suelo. Mariquita hubiera creído haber soñado, á no sentir profundamente grabadas en su alma las huellas del pasado, y á no verse ataviada con un vestido propio de otro sexo y de otra creencia religiosa.

Sea que las áuras matinales refrescasen su frente y el aroma de las flores calmase un tanto su agitado pecho, ó que las esperanzas que le había dado el negro y el vigor que le infundía su propia resolución le comunicasen valor, es lo cierto que la hermosa joven se sentía fortalecida y animada á realizar cumplidamente su empresa.

Sin cambiar su dirección, fijos los ojos en el horizonte y con un paso igual, que hacía mas desembarazado el cómodo y ligero

trage mahometano, siguió su camino por espacio de tres horas. Ni siquiera había reparado que, con ser de hierro sus zapatos, ni le pesaban mas que si fueran de raso, ni le molestaban lo mas mínimo en sus piés infantiles y delicados.

Al fin se sintió desfallecida, mas de hambre que de cansancio. Entonces se le ocurrió que podia no encontrar alimento: tendió la mirada en torno suyo y divisó una pequeña casita, parecida á una venta, que se alzaba en medio de un frondoso bosquecillo de almendros y granados: dirigióse á ella, compró pan, pescado y queso, y sin detenerse un punto continuó su viage, comiendo sus manjares con gran apetito.

Duróle la ración para el almuerzo y aun para la comida: apagada la sed en los arroyos, seguía caminando, sin descansar sino lo absolutamente necesario y sin perder de vista el punto del horizonte en que había podido fijar la terminación de la línea recta que debía seguir inflexiblemente.

Llegó la noche, en que no había pensado la joven, y sintió que la acometía el miedo, con tanta mayor razón cuanto que no veía donde guarecerse. Por fortuna apareció la luna llena y clara, ahuyentando las sombras pavorosas del campo y dando á su espíritu una cierta tranquilidad que la permitió seguir aun andando con pié firme y paso en cierto modo precipitado y ansioso.

Pero Mariquita parecía defendida por algún poder benéfico que presidía á su viage; porque ya se hallaba rendida de fatiga, cuando se encontró frente á frente de otro bosquecillo, en cuyo seno halló, como preparado intencionalmente, un mullido lecho de hojas y flores, perfectamente resguardado tras el follage y protegido contra la inclemencia por la espesa bóveda de los frondosos árboles.

Allí se refugió la joven, y aunque resuelta á no dormir, el cansancio y las emociones de aquel día, la hicieron á su pesar rendirse al sueño con las frases de una ferviente plegaria en los lábios. Mariquita soñó con estupendas empresas y tremendos peligros, con prodigios singulares y vencimientos estrepitosos, con el perdon, en fin, de su falta y el amor de su Príncipe, que le había dado por último la mano de esposo. Cuando iba á lucir para la joven la luna de miel, el sol, mas inoportuno, filtrándose por

el ramage, vino á herirla en los párpados y la despertó.

Aquel día pasó, poco mas ó menos, como el anterior, y el tercero como los dos precedentes, y así los demás por espacio de un par de meses. Al amanecer del sexagésimo día, Mariquita vió dibujarse sobre el horizonte, empañado por las ténues brumas de la alborada, los muros y torres de una ciudad. Miró ansiosamente sus zapatos y los halló rotos: aquella era la ciudad donde debía detenerse: había llegado. Sintió que se le doblaban las rodillas, y algo como una mezcla de placer y de temor que le oprimía el corazón. Cayó de hinojos, lloró y rezó. Luego, sintiéndose mas fortalecida, emprendió precipitadamente el camino.

No obstante, tuvo que caminar todo el día para llegar á la ciudad, que lentamente y poco á poco iba como saliendo de la tierra, aproximándose y apareciendo mas marcada sobre el fondo azul del cielo. Bien entrada era la noche cuando Mariquita se apoyaba en el grueso quicio de la gran puerta de entrada, próxima á desfallecer mas de emoción que de cansancio.

Al verla en aquel estado, el centinela se acercó y le preguntó:

—Qué es eso, muchacho, estás malo?

—He andado mucho,—respondió Mariquita,—y siento agotadas mis fuerzas.

—Vamos, entra y siéntate: ahí los compañeros te darán un vaso de vino capaz de hacerte andar todavía un buen par de leguas.

—Gracias; pero me sentaría mal:—dijo la joven.

—Y qué ¿te piensas pasar ahí toda la noche?—preguntó el soldado.

—No señor: voy á dentro.

—¿Sabes que eres un guapo chico y que las calles no están seguras á estas horas?

—Y qué han de quitarme á mí, que nada poseo?

—Pues cargarán contigo entonces en busca de un buen rescate que pedirán á tu familia.

—No tengo familia.

—Tanto peor. Vamos ¿quieres que te acompañe un amigo á la posada?—dijo el centinela.

—No tengo posada, — contestó la joven.— Pero sí,—añadió

luego,—dame un guía en lugar del vaso de vino.

—No es lo mismo: pero quiero servirte, con tal que no me entretengas al chico mucho tiempo,—observó el soldado.

—Está muy distante el Palacio Real?—preguntó la joven.

—Cómo! Vas á Palacio?

—Sí:—se limitó á decir la muchacha.

—No está lejos: una media hora de camino.

—Pues hágame el favor de que me acompañen: á esta hora no tendré á quien preguntar y podría extraviarme.

—Juanillo!—gritó el soldado.

—Ese es mi nombre:—dijo la chica.

—Vaya! Pues van ustedes á ir dos juanetes juntos,—dijo el centinela, y luego agregó dirigiéndose á un mocetón que salió del cuerpo de guardia:

—Si todavía no estás muy borracho y ves medio claro, vas á acompañar á este muchacho á Palacio, que no sabe el camino, y te vuelves para acabar de tomar la turca.

Juanillo sonrió como un imbécil, y contestó sencillamente:

—Andando.

Mariquita estaba arrepentida de haber pedido compañía; pero ya no podía retroceder.

—Adios,—dijo,—y Dios te lo pague.

—Adios Juanito,—respondió el soldado,—y buena suerte.

En silencio, rápidamente y con un escondido afán, cruzó Mariquita la ciudad al lado de Juanillo, que, con el cigarro en la boca y canturreando roncamente caminaba con paso inseguro, pero sin decir una palabra.

Media hora despues llegaron á una extensa plaza en que se alzaba el Palacio Real.

—El alcázar!—Dijo entonces Juanillo, señalándolo con el dedo.

—Pues adios: buenas noches y muchas gracias.—Respondió Mariquita echando instintivamente mano á la escarcela, donde como otras muchas veces encontró dinero; tomó una moneda sin mirarla y la entregó á su guía.

—Demonio!—Exclamó éste al verla; pero cuando alzó los ojos Mariquita se hallaba lejos; entonces gritó:

—Vaya V. con Dios, amigo!

Y silvando su canturría se alejó taconeando muy alegre.

Mariquita llegó á las puertas del Palacio cuando el relój daba las doce: comprendió que aquella no era hora de intentar la entrada; se sentó bajo el portal en un banco de piedra y se quedó dormida.

III.

EL REY BASILIO.

El Palacio ante el cual se habia quedado dormido Juanito, que tiempo es ya de que le llamemos por su nuevo nombre, era el centro de una córte opulenta y la morada de un monarca poderosísimo, aunque ni de sus hechos habla la Historia, ni su reino se señala, que sepamos, en ningún mapa geográfico.

El rey Basilio, que así sencillamente le designaban sus súbditos, era un hombre de mas de cincuenta años, delgado, largo y bilioso, lo que no obstaba para que, ya difunto de su primera muger, se hubiese acabado de casar con una princesa joven y bella, aunque se decía que su augusto padre era un reyezuelo tronado de esos que ya no quedan por el mundo, pero que abundaban en los revueltos tiempos que sirvieron de límite á la edad media.

El rey Basilio, á fuer de viejo y feo, era celoso y escamón, y á fuer de bilioso, no habia quien resistiese sus malos humores: su carácter era muy caprichoso y la holganza en que vivía desde que habia renunciado á las conquistas y se sentía saturado de poder y con plétora de riqueza y de orgullo, aumentaba aun mas sus caprichos, que ora daban por mimar y encumbrar á un personage que le caía en gracia, ora por mandarle degollar ó asar vivo, si tenia la desventura de desagradarle ó no acertaba á realizar puntualmente sus antojos. Gustábale al monarca la adulación y se complacía con todo lo excéntrico y extraordinario. En tres días habia hecho un primer ministro de un cabrero y en tres horas habia enviado á guardar cerdos al mas encopetado magnate de su córte.

Entre sus estravagancias, alimentaba este rey la de la supers-

tición mas profunda; así es que mantenía tratos con nigromantes y astrólogos, trataba con ellos frecuentemente, les consultaba en los asuntos más graves, tenían permiso para entrar y salir á todas horas en su cámara, y aun él mismo se había creído muchas veces víctima de las magos y brujas, viviendo en la persuasión de que sus grandezas y el no haber ya sucumbido á las artes malignas de sus poderosos enemigos, debíalo á la protección de aquella otra falange de sabios que le rodeaba y defendía. Eran dos mágias, la blanca y la negra, que luchaban sobre su real cabeza incesantemente, que le habian escogido por asunto de su rivalidad, y de cuya contienda debia resultar muerto ó inmortal, según que al fin venciera la hueste enemiga ó los mágicos que hasta allí habian sido sus protectores.

Fuera parte de estos rasgos, el rey Basilio, dentro de su normalidad, tenia un buen corazón, era muy amable y franco, y alternaba con sus súbditos en fiestas populares, saraos palaciegos, paseos por la ciudad, y en cuantas ocasiones se ponía en contacto la magestad con la plebe.

El rey Basilio se acostaba muy temprano y se levantaba al ser de dia. La reina Carlota tenía otros hábitos: le gustaba trasnochar y levantarse á la hora del almuerzo, que era la del medio-dia. Dejábala su augusto esposo entretenida con las damas, que ya hacian labor á su lado, ya le leian las hazañas de Amadis ó de Tirante el Blanco ó los cuentos de las *Mil y una noches*, á que la bella princesa se mostraba muy aficionada, é íbase á reposar de la árdua tarea de gobernar sus vastos estados ó de cazar un venado ó de jugar al dómino, que era su pasión favorita, en cuyas ocupaciones invertia todo el tiempo que le dejaban libre la nigromancia y los hechizos.

Habíase el rey levantado al empezar el crepúsculo matutino y andaba por los corredores envuelto en su gran bata, ceñida la corona que no se quitaba ni para dormir, á menos que no lo hiciese con su esposa, y mirando y remirando un frasquito lleno de un licor rojo y trasparente, que hoy dia se habria tomado por agua de Boteau, cuando sintió hablar alto á los guardias que acababan de abrir las puertas del Palacio.

Asomóse á la balaustrada y preguntó por lo que ocurría.

—Señor,—le dijo el jefe de la guarnición,—los soldados han encontrado en el portal á un bello joven, no sé si dormido ó desmayado, que pretende á todo trance hablar á V. M.

—Aun es temprano; que vuelva á la hora de la audiencia.

—Así se le ha dicho; pero insiste en que quiere hablar con V. M. á solas y antes de que llegue ese momento.

—Eso es, Señor.—Se atrevió á decir Juanito, que aprovechando la distracción de los soldados, habia penetrado en el patio y fijaba sus hermosos ojos en el rey. Habíase quitado el turbante y sus hermosos cabellos de oro caían en bucles sobre los hombros, dando á su lindo rostro unos reflejos purísimos que contrastaban con el brillo de sus ojos azules y el suave sonrosado de sus tersas mejillas.

Solo al ver el traje sintióse el rey vivamente impresionado: y luego que detenidamente examinó al joven y admiró su belleza, sorprendido y como arrastrado de una repentina simpatía, exclamó:

—Dejadle! Sube mancebo.—Y el mismo monarca salió á su encuentro en lo alto de la escalera, tendióle una mano mirándole atentamente y despues de un momento de contemplación, añadió sonriendo:

—Y bien! Qué quieres?

Juanito besó respetuosamente aquella mano; y sin soltarla, antes bien estrechándola suavemente contra su pecho, contestó:

—Señor, quiero hablaros reservadamente cinco minutos; de ello dependen mi porvenir y mi vida.

El rey sintió una conmoción estraña en su corazón, y sin dejar á Juanito de la mano, dijo:

—Ven!—y echó á andar por los anchos corredores, alzó una cortina, penetró en un precioso gabinete, se sentó en un alto sitial, y señalando un taburete al joven, no muy lejos de sus plantas, exclamó:

—Habla: te escucho.

Ignoramos qué fué lo que Juanito dijo al rey Basilio; pero es lo cierto que á la hora del almuerzo, que según costumbre era presenciado por la corte entera, el monarca entró en la cámara de la reina, le anunció que iba á presentarle un convidado, y salió trayendo de la mano á Juanito, que pasó conmovido por entre los

cortesanos sin atreverse á levantar los ojos del suelo, yendo á arrodillarse á los piés de aquella, en tanto que el rey decía:

—Amada esposa: tengo una satisfacci3n al ofreceros este hermoso page que acaba de traer á nuestras puertas algun hada benigna. Llámase *Juanito*: no conoce á sus padres y su vida está llena de prodigios que ya os contará para amenizar vuestras veladas.

La reina dió su mano á besar al page con una amable sonrisa en los lábios y una rara emoci3n en el pecho, y damas y caballeros quedaron llenos de sorpresa, afectuosas las primeras y recelosos los segundos.

Anunci3se el almuerzo. Juanito cogió la cola de la reina y caminó tras ella al comedor: el rey iba á su lado y las damas y cortesanos seguían. En la mesa tenían un puesto los ministros, las camaristas principales, los médicos de cámara y algunos grandes del reino. El monarca mandó poner un asiento para Juanito, si bien á los piés de la mésa, frente por frente de la reina.

Al finalizar el almuerzo, el rey Basilio anunció que Juanito quedaba instalado en Palacio como page de la reina y favorito suyo.

IV.

PRIMERA PRUEBA.

La belleza, el carácter de Juanito, su ingenio, su gracia, su humildad y hasta las peripecias de su vida, algunas de las cuales, engalanadas y variadas por su poética imaginaci3n, había referido á los reyes y á la córté entera durante sus habituales veladas, grangeáronle bien pronto un cierto interés afectuoso de parte de las damas, sin excluir la reina Carlota, un verdadero cariño por parte del rey Basilio, y una cierta animosidad, que bien pronto se trocó en envidia, por parte de los cortesanos.

Y como el favor de Juanito en Palacio iba creciendo, y como las pruebas mas significativas de él iban menudeando, llegó el día en que el mas osado habló de venganza, y esta palabra reunió enseguida en torno del que la había pronunciado un grupo, que fué

aumentando poco á poco y que se hizo bien pronto el foco de una conspiración amenazadora y verdaderamente temible.

Condensada la nube, no tardó mucho en oírse el lejano rumor de una tempestad, que al fin engendró en sus entrañas el rayo.

Hacía un mes que Juanito había sido recogido en el alcázar. El rey Basilio había tomado afición á aquellas nocturnas veladas, á que antes no asistía nunca, y distraía en ellas su real ánimo oyendo relatar asuntos, historietas y leyendas, casi siempre fantásticas ó prodigiosas, ó con la lectura de libros de hazañas y encantamientos, por mas de que nunca permanecía en ellas hasta su terminación que solía verificarse á la media noche.

Presentóse el rey en una de ellas cierta vez displicente y mohino, aunque sin querer decir la causa de su pesar ó de su enojo: tornó en la del día siguiente á aparecer mas concentrado y de peor humor y aconteció que al tercero, asaltado de repente por su esposa, que de improviso le preguntó por la causa de su disgusto, volvióse entre severo y apesadumbrado al page, diciendo:

—Tú sabes, Juanito, porque aquí lo has oído y porque para saberlo ninguna necesidad tenías tampoco de haberlo oído, que yo tenía en mi trono un magnífico sillón de oro y marfil, que me fué robado: tú sabes que yo tenía en grande estima esa alhaja, no ya por su riqueza, ni menos porque hoy pudiera colocarla en su sitio, puesto que habiéndome casado necesitaría dos sillones iguales, lo que es imposible, sino porque fué obra y regalo de un sabio nigromante que había unido á ella mi destino de una manera tal, que desde que me fué robado el sillón ando muy preocupado.

La córte permanecía muda é inmóvil oyendo al rey y sin saber la mayor parte de ella á donde iba á parar, porque hacía mas de dos años que el rey no hablaba de su sillón. Juanito escuchaba con gran atención, dirigiendo furtivas miradas á un grupo de magnates que, capitaneado por el primer ministro, medio se ocultaba entre las anchas cortinas de una ventana: un presentimiento le anunciaba la proximidad de un peligro que no podía venirle sino de allí. El rey continuó:

—Un año gocé de aquel sillón, la joya mas magnífica de mi casa y el mas bello ornato de mi trono. Durante él desapareció, no sé cómo, su mágico artífice; mas no sin decirme que lo cuidase

mucho y no me lo dejase arrebatarse, porque tres años despues de perdido, se desharía mi reino y vendrían sobre mis súbditos y sobre mí mismo grandes desgracias. Dentro de treinta días se cumplirán los tres años; es preciso, pues, que mi sillón parezca antes de treinta días.

El rey calló y quedóse mirando fijamente á Juanito.

—Paréceme, señor,—dijo éste con acento perfectamente tranquilo,—que me decís esto á mí en particular. Yo os juro que nada sabía de esa historia el día en que llegué á vuestra puerta, pero que seguramente si supiera algo acerca de ese sillón, ha tiempo que se lo habría comunicado á Vuestra Magestad.

—Y yo te digo que mientes, Juanito, y que haces mal,—gritó el rey levantándose y con un movimiento imperioso de furor.—Tú sabes dónde el sillón se encuentra y tú vas á traérmelo en el plazo de tres días. De no hacerlo así, no vuelvas á presentármeme y huye de mi reino si quieres escapar de mi justo enojo.

—Mi vida es vuestra, señor; pero repito que nada sé, ni entiendo cómo he de hallar vuestra silla.

—Tengo convicción profunda de lo que digo: no hablemos mas y... hasta dentro de tres días.—Y el rey salió, y claro está que se deshizo la velada como si hubiese descargado en el salón una furiosa tempestad.

Juanito fuese á su habitación y entregóse á muy tristes meditaciones: desde luego conoció que las pruebas anunciadas por Fadelberto empezaban: el recuerdo del negro traje consigo el del Príncipe, si bien á éste no había podido olvidarle, y sintiéndose con ambos fortalecido, levantóse, abrió la ventana, postróse en ella como hacía todas las noches y rezó con los ojos puestos en el cielo.

Al ser de día bajó al patio y se dirigió á la puerta. Entonces el capitán se acercó á él, y sombrero en mano y con el mayor respeto, le dijo:

—El rey pone á la disposición del señor page, armas, dinero, soldados, caballos y cuanto pueda necesitar.

—Nada quiero:—contestó Juanito;—decid al rey que á triunfar ó á morir, volveré.

Y salió. Ya al otro extremo de la plaza, volvióse para mirar

por última vez el palacio: casualmente dirigió su vista á una de las ventanas de la cámara de la reina y le pareció ver moverse una cortina. En efecto: la reina, desvelada con la desventura ocurrida á su gallardo page, se había puesto en acecho con la triste esperanza de verle por la última vez.

Juanito salió de la ciudad y se dió á andar por los campos sin dirección. Lo primero que se le ocurrió fué llamar á Fadelberto; pero no existiendo todavía para él peligro inmediato de muerte, se contuvo reconociendo que no había llegado la ocasión. Caminaba, pues, al azar, cuando tropezó con una viejecita que se le acercó pidiéndole una limosna: introdujo la mano en la escarcela y por vez primera hallóla vacía. Entonces exclamó con gran pena y no poca extrañeza:

—Nada tengo, hermanita, más que mi desventura.

—Pues yo sí tengo para ti,—contestóle la anciana.

—Cómo!—preguntó Juanito.

—Sé lo que buscas y voy á decirte como has de hallarlo.

—Vos, señora?

—Sí: toma esta naranja: lánzala con toda tu fuerza y corre tras ella: se detendrá ante un castillo: á su puerta hay dos negros con unas cachiporras de hierro: si tienen los ojos cerrados, húrtate para que no te vean; si los tienen abiertos, entra sin miedo que están dormidos; pero cuida antes de recoger la naranja y guardarla bien. Te enteras?

—Perfectamente,—respondió Juanito.

—Desciende por la escalera, entra por la primera puerta de la derecha, camina siempre de frente y llegarás al salón del trono: en él hay dos sillones, uno muy rico de marfil y oro, y otro muy viejo y pesado de roble con clavos de hierro. Coje este último y emprende con él la fuga sin volver la cara atrás, oigas lo que oigas. Si logras salir del castillo, estás en salvo y podrás conseguirlo con solo arrojar tras de tí media naranja de esa que te he dado: con la otra media, y ya en tu aposento de palacio, limpias muy bien el sillón. Me has entendido?

—No olvidaré ni una palabra.

—Pues adios, y el Cielo te libre de mal.—Y la viejecita desapareció, dejando la naranja en manos de Juanito.

Este la dió un beso, sintiendo los ojos arrasados en lágrimas: luego dirigió al Cielo una breve oración, lanzó con todas sus fuerzas la naranja y echó á correr tras ella.

Todo aconteció como la anciana había predicho: solo que empezaba la noche cuando Juanito llegó al castillo y le pareció prudente esperar para acometer su arriesgada empresa al siguiente día. Al efecto buscó unas matas que pudiesen ocultarle, y echándose entre ellas se dispuso á dormir. Grande fué su sorpresa cuando sintió bajo su cabeza algo que juzgó una piedra y que bien pronto conoció que era un pan: al mismo tiempo tropezó con media docena de naranjas: entonces recordó que en todo el día había comido y, aceptando aquel maravilloso y frugal alimento, comiólo con apetito en pocos minutos: murmuró sus oraciones y se quedó profundamente dormido.

Despertóse al alba; se cercioró de que llevaba la naranja, y se dirigió al castillo.

Los negros dormían, á juzgar por sus ojos desmesuradamente abiertos. Penetró, descendió una magnífica escalera, se dirigió derechamente al salón régio y fué hácia el trono, donde aparecían en efecto los dos sillones. Era el uno tan exactamente igual al que le había descrito el rey Basilio, que no pudo menos de pensar Juanito:

—Si se habrá equivocado la viejecita?

Luego, rechazando tal idea, se decidió á tomar el otro sillón: mas tampoco pudo dejar de decir para sus adentros:

—Ay de mí, que no podré con él!

No obstante se resolvió á cargarlo; y con gran sorpresa suya notó que el sillón no pesaba mas que una pluma. Mas apenas había abandonado el salón, cuando oyó tras de sí este grito:

—Traición, que roban el castillo!

Y un ruido de voces, gentes y armas, amenazador y terrible, dejóse sentir por todas partes.

Juanito volaba por las escaleras, cruzó el vestíbulo sin temblar y de un salto hallóse en el campo. Entonces sacó la naranja, partióla y arrojó la mitad entre los piés de los negros que guardaban la puerta, sin volver la cabeza. Al instante se oyó un golpe espantoso, como de una montaña que se derrumba, desapare-

cieron los negros, cerráronse las puertas del castillo y todo quedó en un completo silencio.

A la noche del día siguiente el rey Basilio presidía la velada de su esposa, rodeado de su córte: su rostro revelaba un profundo temor.

—No está Juanito, verdad?—preguntó.

En aquel instante un ugier abrió la puerta de la cámara, y dijo desde el dintel:

—El page pide licencia para entrar.

—Que pase.

Alegría y asombro se pintaron en todos los semblantes.

Juanito entró.

—Has vuelto... para morir?—preguntó el rey sin poder ocultar su ansiedad y su pena.

—Señor,—contestó Juanito:—esta vez ha querido el Cielo que venga para triunfar.

Y haciendo una señal, penetraron dos mozos trayendo un gran cajón de perfumado cedro, con cerradura y abrazaderas de oro. Juanito sacó una llave, abrió y los mozos sacaron uno tras otro dos sillones iguales de marfil y oro, tales como el rey los hubo apetecido.

La otra media naranja había completado el portento: porque al limpiar con ella el sitial robado, íbase tornando en otro y dividiéndose en dos.

La sorpresa y el placer de los reyes y de casi toda la corte fueron tan grandes, como profundo el rencor y la rabia de los envidiosos. Juanito acababa de asegurar y aun de acrecentar su privanza. El rey le colmó de honores y distinciones, y la corte celebró fiestas durante tres días por el hallazgo del sillón, el contento del rey, el triunfo del page y la prosperidad del reino que quedaba asegurada.

V.

PLUMA-SOL.

Ni la envidia es pasión que ceda al primer fracaso, ni la calumnia es mónstruo que no posea grandes recursos cuando la rabia la presta ingenio y la osadía le quita los obstáculos.

Aun no había pasado una semana de la victoria alcanzada por Juanito sobre sus enemigos; ni mucho menos se habían apagado los ecos de las fiestas y los elogios tributados al page, y ya se cernía sobre su cabeza una nueva tempestad cuyas sombras se dibujaban esta vez sobre el bello rostro de la reina Carlota. Esto probaba que en la conspiración contra el page habían entrado algunas damas, sin duda enojadas con él por la extremada reserva del joven en materia de amores. Porque, en efecto, Juanito, galante con todas las hembras de aquella fastuosa corte, se mantenía á cierta distancia de todas ellas, como temeroso de que llegasen hasta él los ardientes suspiros de sus labios y aun los penetrantes dardos de sus insinuantes miradas.

La reina fué esta vez, como decíamos, quien empezó á ponerse triste, á tratar al page con cierta frialdad, á dar á sus frases un cierto tono, ya de severidad, ya de ironía, cuando las dirigía al joven, y aun á negar á este el honor de que sostuviese la velada, ya narrando algún interesante cuentecillo, ya leyendo y animando con su dulce voz las historias ó aventuras de algún caballero andante ó de alguna princesa encantada.

Notolo el rey y tocole á él esta vez provocar el estallido de la tempestad formada contra el desdichado Juanito.

—Qué teneis, señora?—le preguntó su esposo:—hace días que no sois la misma: mi contento, antes reflejado en vuestro hermoso semblante, ha desaparecido de él para dar lugar á ciertas nubes de tristeza, entre las que á veces veo brillar relámpagos de enojo. Qué os molesta y qué causa tiene vuestro pesar?

—Perdonadme, señor, no quiero ocultaros que habeis visto

bien; vuestra buena suerte me ha hecho pensar en la mala mía.

—Explicaos, señora: decís que la vuestra es mala?

—Sin duda. Yo también he tenido un objeto que amaba mucho, que tuve á mi lado desde mi infancia, que perdí, no sé cómo, al pisar vuestro reino, que había olvidado con la ventura de ser vuestra esposa y que ahora he vuelto á recordar al ver aparecer tan sorprendentemente el sillón de vuestro trono.

—Jamás me habeis hablado de tal cosa,—observó el rey.

—Ya os he dicho que la había olvidado.

—Y puede saberse qué es ello?

—Un ave preciosa y singular: grande mas que una paloma, blanca como la nieve y con el plumage tan resplandeciente, que de día parecía rayo de sol y de noche alumbraba su plumage como si estuviese formado con rayos de luna. Nació en mi cuna, creció conmigo, no se apartaba de mi lado, por mas que vivía en libertad, y me acompañaba á todas partes, á paseo, á las fiestas, á caza, en los viages, siempre sobre mi hombro ó sobre mi puño.

—Y decís que la habeis perdido?

—Sobre el arzón de mi silla viajaba cuando volvía de desposarme con vos, y al llegar al límite de vuestro reino echó á volar por vez primera en su vida, giró sobre mi cabeza y desapareció de mi vista.

—Desdicha es que no tiene remedio.

—Os engañais señor.

—Como!—dijo el rey,—sabeis donde está y cómo cazarla, y no lo habeis dicho? Hablad y la tendreis.

—Preguntad á Juanito, que entiende algo de magia sin duda alguna, y él podrá daros algunas noticias.

—Yo, señora?—Se atrevió á exclamar el page.

—Sí; vos, que habeis dicho que podreis devolverme mi hermosa ave, si quisiérais.

—Oh, señora: os juro que no he dicho tal cosa; pero que seguramente la habría hecho, si tal pudiera. Nada he sabido de vuestro pesar ni de ese maravilloso pájaro hasta este momento, y no he podido por tanto hablar de ello con nadie.

—Tampoco sabíais nada del sillón del trono, y habeis dado, no con uno, sino con dos.

—Si me fuese posible, creed...

—Probadlo!—interrumpió la reina.—Y no volvais tampoco á mi presencia sin haberlo conseguido.

—Mucha sería vuestra ingratitud, señor page,—dijo el rey—si no respondiéseis con la obediencia mas absoluta á las órdenes de vuestra soberana ni pagáseis mis favores con vuestra adhesión mas completa. Motivos hay para creer y pruebas para asegurar que poseis artes extraordinarias y disponeis de recursos omnipotentes para realizar maravillas. Poned en juego unas y otros y traednos ese ave que desea la reina. Os doy tres dias de plazo como antes, y os aconsejo que no os vengais sin vuestra presa, á menos que no querais ser víctima de nuestro enojo.

Y como la otra vez, el rey dió por terminada la velada, retirándose ahora mayor número de cortesanos alegres creyendo segura la desgracia de Juanito, y ménor número de corazones entristecidos al ver la desventura del page.

Como la vez primera, Juanito pasó la noche en el balcón fijos los ojos en el cielo, rezando y pensando en el Príncipe, por quien pasaba aquellos peligros de diversos géneros. Como antes echóse á la calle y luego al campo apenas clareaba, y como entonces miró al balcón de la reina, aunque sin esperar ver moverse el cortinaje, y con gran sorpresa suya, no solo vió levantada la cortina, sino á la reina Carlota asomada tras de los cristales, fijos en él los ojos con cierta osadía y no poca exposición, y que, al perderle de vista por el otro extremo de la plaza, se atrevió á saludarle con el pañuelo. Aun creyó percibir Juanito que se lo llevaba rápidamente á los ojos, cosa que le arrancó un suspiro, no sabemos si de perdón ó de piedad.

Esta vez, apenas apartado de la ciudad lo bastante para no ser visto desde la muralla, encontróse Juanito con un anciano, que desde luego le dijo:

—Buena suerte acompaña al afortunado page; porque con tales protectores no habrá cosa que no logre, ni enemigo á quien no venza.

—Cómo! anciano, V. sabe?...

—Todo:—interrumpió el viejo:—Vas por el ave de la reina. Tú eres quizá el que ignora que estás siendo víctima del furor que

la envidia ha despertado en los cortesanos del rey Basilio. Pero no temas: todas tus empresas tendrán feliz término, mientras hayan de realizarse fuera de la ciudad: cuando te cojan dentro será lo malo.

—Ya me había figurado que tenía enemigos en Palacio: pero por qué, si yo no he hecho á nadie mal alguno?—Preguntó con suma candidéz Juanito.

—Preguntas la razón del mal en el mundo? Pues, hijo mio, no es otra que la presencia del bién en la tierra.

Juanito lanzó un suspiro y miró al Cielo.

—Oye y fijate bién en lo que voy á decirte. Subirás á aquella colina: tenderás esta capa que voy á darte en el suelo y te echarás sobre ella. De este modo irás por los aires á la azotea de un castillo. Bajarás la escalera, que cada vez se irá haciendo mas oscura, hasta dar en un corredor á cuyo extremo volverás á ver la luz del día. El corredor dá á un jardin que es un laberinto: tomando siempre á la izquierda hallarás una pajarera y en su fondo verás un pájaro negro que duerme con el pico bajo el ala; le cogerás, y volviendo á desandar todo lo andado, sin hacer caso alguno de lo que oigas y veas, y á todo correr, subirás al terrado y te arrojarás en la capa que flotará en los aires junto á las almenas. Toma esta cajita y vácia su contenido, si te sientes cogido, y en todo caso al saltar á la capa. Estás enterado?

—De todo: cumpliré vuestras instrucciones ciegamente.—Dijo Juanito con firme acento.

—Pues no hay que perder tiempo: toma y adios.—Y el viejo desapareció, dejando su manto en poder del joven.

Sin detenerse un punto Juanito corrió á la colina, llegó jadeante á la cima y tendió el manto, encontrando con sorpresa entre sus pliegues un hermoso pan, un buen pedazo de queso y una botella con agua. Sentóse sobre la capa y comió con buen apetito; luego acabó de reclinarse del todo y se durmió.

Apenas entró la noche, replegóse el manto sobre el page, dejándole perfectamente envuelto, y partió por el aire como si le lanzara un mortero.

Amanecía ya, cuando el manto se desdoblaba por sí solo en la azotea del castillo. Juanito se levantó rápidamente, miró al Cielo,

formuló su oración y echó á correr por la escalera abajo sin vacilar un punto. La escalera se enroscaba como una serpiente liada al enorme tronco de una palmera colosal, y se iba estrechando como la cola del reptil y oscureciéndose cada vez mas. Juanito había cogido el compás del descenso y seguía bajando precipitadamente, no de otro modo que si fuera alumbrando sus pasos con sus mismos ojos. Algunas horas duró aquel descenso y el cruzar el interminable corredor que halló trás él; porque cuando entró en el jardín, el sol se hallaba en lo mas alto del firmamento. Atravesó el page el laberinto, girando siempre á la izquierda y llegó á la pajarera donde sin detenerse un punto penetró, cogió el pájaro negro, lo envolvió en su manto y emprendió la fuga. El pájaro lanzó al sentirse cogido un grito singular que debió oirse en todo el castillo, porque al instante empezaron á resonar rugidos, silbidos, bramidos feroces por todas partes, en tanto que parecían animarse los árboles y arbustos del jardín, tomando la forma de gigantes y mónstruos que amenazaban con garras y dientes al pobre Juanito. Con gran intrepidez salió del jardín y penetró en el corredor, que se había inflamado como un horno sin fin: ni aun este horrible espectáculo detuvo la marcha del joven: antes bien, echó á correr por en medio de las llamas y, sin dejarse aturdir por el estruendo que aumentaba bajó aquellas bóvedas de fuego, dió al fin con la escalera que empezó á subir á saltos, sin cuidarse de que cada vez que fijaba su planta en un escalón parecia aplicar la mecha al ojo de un cañón y que al mismo tiempo sentía rodar desde lo alto enormes balas de hierro, cadenas y otros cuerpos que con estrépito horrible amenazaban aplastarle. Jamás había parecido tan larga aquella diabólica escalera á Juanito: ya desconfiaba de llegar al fin, porque le iban faltando las fuerzas, cuando divisó la luz crepuscular de la tarde. Esto le infundió nuevos ánimos y pudo llegar al terrado; poner el pié en él, saltar sobre una almena y lanzarse sobre la capa del viejo, que flotaba en el aire, todo fué obra de un instante. Pero antes sacó la cajita y, sin ver lo que contenía, la arrojó sobre la azotea. Un tremendo ruido, como de volcan que estalla ó mole que se derrumba y un gran polvo que envolvió al page por completo, fueron las manifestaciones de aquel prodigio. Cuando el polvo se disipó, Juanito se vió tan alto que

apenas divisaba la tierra: el sol se ponía en el horizonte: su confianza por una parte y su cansancio por otra le hicieron quedarse dormido, pero no sin atar antes el pájaro á su cintura con el estremo de su ceñidor.

Cuando despertó era de noche y hallóse en el pátio del alcázar. Un soldado se acercó á él y le dijo:

—Os ando buscando: sus magestades os esperan.

—Pues qué día es?—Preguntó el page.

—El tercero en que debíais volver.

Había dormido mas de treinta horas.

Juanito se dirigió á la cámara real, dondē en efecto ya hacía tiempo que se hallaba reunida toda la córte. Anunció su presencia el ugier, y luego que entró dirigió una mirada de reproche á sus enemigos, besó la mano al rey y puesto de rodillas ante la reina, le dijo:

—Perdonadme, señora: me había dormido, bien contra mi voluntad: pero ved si es esta el ave que habeis perdido.

Y desenvolviendo su capa, mostró un hermoso pájaro con plumas tan resplandecientes que hizo palidecer las numerosas antorchas que iluminaban el salón.

La córte quedó muda de sorpresa: los envidiosos rechinaron los dientes y apretaron los puños de rabia. El pájaro, apenas vió á su antigua señora, tendió hácia ella su vuelo: el page creyó que se le escapaba y lo agarró por la cola, pero el ave huyó dejando una pluma en sus manos y fué á posarse sobre la rodilla de la reina. Entonces esta pidió á Juanito su turbante, quitóse un magnífico broche de esmeraldas que llevaba en el pecho, prendió con él la pluma y devolviéndole aquél, le dijo:

—Ya tienes título ilustre que agregar á tu nombre: de aquí en adelante te llamarás *Duque de Pluma-sol*.

La velada siguió brillantísima y alegre. Juanito contaba sus proezas á su manera.

Cuando el rey la dió por terminada, trás el page salían los cortesanos murmurando con rabia: uno de ellos dijo:

—Es preciso que el nuevo Duque muera!

—Muera!—Dijeron los otros.

VI.

LA ULTIMA PRUEBA.

Pasáronse algunos días en gran tranquilidad para el nuevo Duque, no seguramente porque él creyese que sus enemigos quedaban derrotados, ni ménos porque entendiera que la altura á que él había llegado los reducía á la impotencia; sino porque realmente le dejaban sosegar mientras preparaban un golpe que creían decisivo, y aún llevaban su saña hasta el punto de lisongearle y halagarle con un culto y unas demostraciones sobrado afectuosas y exageradas para ser sinceras.

Pero Juanito estaba advertido de que podía verse en peligro de muerte, y aunque tal amenaza había pesado ya sobre él dos veces, aun esperaba sentirla mas cerca y hasta temía sucumbir en sus garras. Su única esperanza consistía en que terminase el plazo de prueba, que era de tres meses, los cuales corrían con tanta mayor rapidez, cuanto que el tiempo se pasaba en fiestas, triunfos y ovaciones.

Algun que otro disgusto le procuraban las damas, heridas en su orgullo por la rara reserva del joven, sus inocentes galanteos y su desdén ó su firmeza respecto de las insinuaciones mas atrevidas y decisivas: pero *Pluma-sol* poseía el arte del coqueteo como una muger, era muy discreto é ingenioso y casi siempre acertaba á disipar las nieblas del despecho con un rayo de dulce esperanza, ó con el fulgor oportuno de una promesa.

No obstante, un peligro mayor se le aproximaba: su belleza, su gallardía, su arrojo, su adhesión y ese tinte fantástico y maravilloso con que se había presentado en Palacio y que acrecentaron en alto grado sus aventuras, habían llegado á interesar vivamente á la reina Carlota, que, sin darse cuenta de ello, empezó por aficionarse á la poética figura y á los pintorescos relatos del page y concluyó por amarle apasionadamente.

En un principio luchó la reina con su corazón, como avergonzada de sí misma y alarmada su virtud ante la propia conciencia; mas despues, como si el destino se complaciese en atormentarla ó quisiera el cielo poner á prueba su fortaleza, las circunstancias parecían contribuir al desarrollo de aquel pecaminoso afecto, las ocasiones de verle, admirarle y aun hallarle á solas, menudeaban por una série de fatales coincidencias, el mismo respeto y la misma circunspección del page la exasperaban y concluyó por abandonar á su destino, posponer á su pasión sus deberes de magestad, sus respetos de esposa y su dignidad de muger y cometer una multitud de imprudencias que podían comprometerla y comprometer al page grandemente.

Hé aquí el momento que esperaban los cortesanos y que, en verdad sea dicho, lo habían preparado con un arte admirablemente satánico; y hé aquí el peligro terrible que se veía venir encima Juanito, sin que lo pudiera conjurar, ya fingiéndose indispuerto y retirándose pronto ó no asistiendo á la velada, ya mostrándose á veces triste y taciturno, á veces inconveniente y descompuesto para desagradar á su señora.

Todo inútil; la reina preguntaba por él con insistencia: muchas noches le hacía venir á la velada, otras mandaba á cada instante á informarse de su salud delatándose á los ojos de todos; se tornaba alegre y jovial cuando le encontraba entristecido y se mostraba indulgente y distraida cuando le oia decir ó le veía cometer alguna inconveniencia de esas que á otros jamás perdonaba.

El rey, suspicaz de suyo, habia amontonado en su cabeza una multitud de cavilaciones muy graves que acabaron de promover una tempestad en su pecho, tanto mas horrible cuanto mas escondida y disimulada. Alguien debió además murmurar en su oido frases que hubieron de clavarse como puñales en su corazón; porque el rey casi desapareció de las veladas, apenas hablaba con su esposa y celaba al page por sí mismo, temeroso de que otro que no fuese él sorprendiera las pruebas de su deshonor.

Todo esto lo sabía Juanito y se estremecía de terror; pero ya hemos dicho que contaba con que terminase el tiempo de su prueba, para lo que faltaba solo una semana, decidido á desaparecer del palacio el último día del plazo.

Pero sin duda el infierno lo había dispuesto de otro modo.

Una noche, negra como la desdicha y tempestuosa como una venganza, cuando ya reposaba todo el mundo en Palacio, una sombra, silenciosa y aleve como un fantasma, se deslizaba por los corredores y llamaba á una pequeña puerta que tenía disimulada la alcoba del rey.

—Quién?—Preguntó el monarca.

—Venid, señor:—dijo la sombra, que no era otra sino el primer ministro en persona.

No una entonces, sino dos fantasmas cruzaron rápidamente los pasillos, descendieron al piso bajo por una escalera excusada, penetraron en el jardín y se escondieron entre unas matas. Un momento despues el rey vió pasar sigilosamente y recatándose el rostro con su blanco alquicel, distintivo del page, á un hombre en quien creyó reconocer al mismo *Pluma sol*.

—La cita acaba:—dijo la una sombra al oido de la otra:—mañana es preciso venir más temprano.

—No: mañana no habrá necesidad de venir; porque no veíamos nada,—contestó esta última.

Y ambas abandonaron el escondite y volvieron á penetrar en el alcázar.

A la mañana siguiente la reina hallábase presa en sus habitaciones y Juanito sepultado en un profundo calabozo: ambos estaban acusados de adulterio: el mismo rey Basilio era el denunciador: sus ministros los testigos. La corte estaba conternada.

Juanito negó rotundamente sus amores y las entrevistas del jardín; decía que el rey había sido engañado, que los testigos eran unos calumniadores y que cuando quisiera podría confundirlos.

La reina, á la que el mismo peligro habia vuelto la razón y que realmente solo era rea de pensamiento, manifestó con firmeza que era víctima de una infamia, que jamás había dado cita alguna al duque y que moriría, si era preciso, inocente; pero que deseaba antes confundir á sus difamadores.

Y como estos temieran que tal cosa pudiese ser y les amedrentara sobre todo la seguridad con que Juanito, á quien creían

brujo, decía que cuando quisiese podría probar su inocencia, diéronse prisa á activar las diligencias judiciales, sosteniendo y atizando el furor del rey, hasta el punto de que á los tres días firmó éste la sentencia de muerte para ambos reos, que al instante debía llevarse á cabo.

Juanito fué condenado á la hoguera: la reina á presenciar el suplicio y á ser en seguida decapitada.

Aquella tarde fueron los dos reos puestos en capilla y al día siguiente debía cumplirse aquella bárbara sentencia, sobre un tablado que precipitadamente se levantaba en medio de la plaza ante los balcones de Palacio, desde donde había de presidir el rey la doble ejecución.

—Cumplióse la predicción del viejo,—decía Juanito para sí: —mientras deba salir fuera de la ciudad, la empresa es hacedera; pero cuando el peligro me retenga dentro de sus murallas, nada puede valerme. Voy, pues, á morir!... Y la víspera del día en que debía recobrar mi libertad y de realizar mis esperanzas! Ah, Príncipe de mi alma; yo te perdí, y perdido quedas para siempre, como yo misma! Cuán desgraciada soy! Ni aun el consuelo de haber enmendado mi falta! Ni aun la ventura de que mis penas y mis trabajos te aprovechen á tí, ya que yo muera, que bien lo merezco, aunque no por el crimen que me imputan, sino por haberte condenado á eterno encantamiento!

Un alto tablado cubierto de negros paños mostró el día á los angustiados vecinos de aquella ciudad, que jamás habían presenciado eso que se llama una *justicia*. Una alta pira de leña seca, rodeada de fresco ramaje, aparecía en el centro. Un estradillo forrado de bayeta roja con cinco sitiales para los jueces, que no eran otros que los mismos ministros, se alzaba frente al balcón del rey, y un grueso madero clavado verticalmente á la izquierda, indicaba el puesto en que había de colocarse á la reina, señalado además por un tajo, contra el cual se apoyaba un hacha.

Desde la mañana hallábase la tropa formada en la plaza en cuadruplicada fila de apiñados soldados de varias armas, trás los cuales, y en balcones, ventanas y azóteas, asomaba la multitud, entre asustada y curiosa, pero muda, sombría y desencajada.

A las doce un redoble anunció la salida de los reos, que, al

compás de una fúnebre marcha, llegaron al patíbulo: la reina pálida, pero erguida: Juanito sereno, pero humilde. En aquel instante el rey apareció en su balcón, rodeado de la corte, que ocupaba además todas las ventanas del Palacio.

No había un punto que pudiese sostener una persona, que no mostrase de pié, sentada, suspendida, una criatura humana. No obstante, la plaza parecía desierta: solo se oía el zumbar del viento.

Los sayones habían prendido fuego á la pira, que levantó al cielo cien lenguas de fuego.

El verdugo había atado á la reina al madero.

Esta entonces, con voz fuerte y clara, gritó:

—Pueblo!... Soy inocente!

Y Juanito, aproximándose á la hoguera que debía consumirlo, clamó despues:

—Sí, rey Basilio, es inocente: ¿Quieres la prueba? Pues mira: una muger no puede amar á otra muger. Me llamo María.

Y diciendo esto, rasgó sus vestiduras y mostró, su blanco y redondo seno de vírgen.

Pero al mismo tiempo se arrojó á las llamas, gritando:

—Fadelberto! Ven á favorecerme.

Vióse entonces un último prodigio: de entre las mismas llamas alzóse la figura colosal, imponente y tremenda de un negro, que, llevando á Mariquita en los brazos, desapareció por el aire, recogido por una nube.

Cuando el asombro permitió hablar al rey, exclamó desde su balcón:

—Verdugos, á la hoguera esos calumniadores!

Y los cinco jueces fueron agarrotados y lanzados en la pira.

La reina no quiso volver á Palacio. Cuando el rey Basilio preguntó por ella, nadie pudo darle razón. Un día supo el monarca que Carlota había vuelto á la corte de su padre. El rey era viejo: enfermó de tristeza y murió.

Pero los honrados habitantes de aquel pueblo oyeron un día á los heraldos, que desde los cuatro balcones de los costados del Palacio, decían á son de trompetas:

—El rey Basilio ha muerto! Viva el rey Fadelberto I!

Y en efecto: desde entonces ceñían la corona del reino, no el negro Fadelberto, sino el príncipe mas hermoso de la tierra y su esposa, la sin par María.

COMENTARIO.

No podia yo pretender en narración tan larga conservar el language propio de mi nodriza: importante era sin duda agregar los caractéres populares de la forma á los del fondo; pero seguro de que tales caractéres serían los de una sola individualidad, é imposibilitado de retenerlos hasta hoy cuando en tan tierna edad oía este cuento, antes que fingir las condiciones de estilo y los accidentes de la incorrecta locución de una criada, he preferido narrar yo con la mayor sencillez, y contentarme con ofrecer en esta fábula una muestra mas del género de las que corrían por el pueblo y cautivaban el espíritu infantil, al empezar el siglo de la luz y la incredulidad.

Que el hombre tuvo siempre una vehemente é instintiva afición á lo maravilloso, cosa es por demás sabida: tal vez ese gusto del prodigio esplica las primeras falsedades con que se adulteraron las tradiciones; porque al narrar lo acabado de ver ó de oír, no pudiese el relator hacer callar á su fantasía, que á la vez le dictaba, con un lenguaje mas vivo é impresionable, ciertos accidentes y detalles que creyó poder añadir, juzgando que no desvirtuában los sucesos esenciales.

Este amor al prodigio ha dominado siempre y en todos casos, sin que pudiesen borrarlo las creencias religiosas, que antes bien han contemporizado con él dándole, si se quiere, otras direcciones, ni las ciencias, enemigas verdaderas de todo lo absurdo, como fundadas en la experiencia y razón, ni el espíritu, en fin, progresivo de los siglos, funesto tambien á todo lo inverosímil, y que algo extremado, ha concluido por atraer á sí las notas de incrédulo y desconfiado.

A pesar de que la ilustración no cree, la ignorancia se man-

tiene supersticiosa: y no obstante de que altos y bajos rechazan dogmas, y científicos y rutinarios dudan por dentro aunque practiquen por fuera, todos gustan de lo extraordinario y se deleitan con los espectáculos de la magia ó con la lectura de los encantamientos.

Así se explica, no ya el origen de los cuentos, sino su uso continuo y su vida segura y persistente.

La existencia del Folk-lore es una prueba elocuentísima de esta verdad. Lo pequeño encanta al ingenio grande: porque lo pequeño, con ser tal, encierra candor, sencillez, gracia, ingenio, belleza, ó esconde lo pasmoso, lo incomprendible, lo prodigioso y divino: y el pueblo, que se nutre de esas inmensas pequeñeces y de esas magníficas exigüidades, acoge los cuentos, los mantiene vivos, los reserva y reviste de variado ropage y los hace circular de una en otra fantasía por uno y otro labio, ya valiéndose del niño, que es tambien un pequeño en la vida, ó del cándido, que es otro pequeño en el espíritu.

La muger tiene mucha parte en esta obra: porque ella es toda impresionabilidad, es poesía; y el prodigio se agarra fuertemente y florece y fructifica con lozanía y esplendidez en la nerviosidad y las imaginaciones exaltadas.

El cuento que acabo de narrar presenta una rara mezcla de mitología griega, colorido árabe, riqueza oriental y tintas cristianas. Lo maravilloso constituye su trama; porque los nudos están hechos con el prodigio, á semejanza de una red de oro prendida con gruesos diamantes. La fábula de *Psiche y Cupido* sirve de mucho; ese mito moral y poético del pudor, construido sobre la figura, casi siempre impúdica, del amor pagano, á quien se supone ir entre las sombras á gozar las caricias de una muger, y ese instinto eterno de la curiosidad tan característico y acentuado en las hembras, que hace á *Psiche* perder á su amante por haber querido contemplar su rostro, se encuentran reproducidos en la imprudencia cometida por *Mariquita* para conocer á *Fadelberto*. Solo que aquí la curiosidad se supone avivada maliciosamente por los consejos de una monja, que hace las veces de aquella serpiente que en el paraíso inspiró á Eva el deseo de saber si estaba dulce ó amargo el fruto del árbol de la ciencia del

Bien y del Mal. El cuento camina desde el principio hácia los misteriosos amores del castillo; y parte luego desde este punto por los senderos de la expiación, hasta hacer á la jóven reconquistar el bien perdido; idea consoladora que huele á cristianismo, por mas que su proceso continúe siendo fantástico y extraordinario.

El recurso de los castillos encantados es antiquísimo y universal; con diversas formas y accidentes, los hay en la India, en la Arabia, en la Noruega, en Dinamarca, en la Normandia, en la Francia, en Italia y en España. Los pueblan hadas ó nigromantes, brujas ó espíritus poéticos, gigantes ó fantasmas, príncipes y princesas encantadas ó almas del otro mundo, y los guardan magos y duendes, dragones ó monstruos, enanos ó gigantes, negros ó seres invisibles. En nuestro cuento los castillos no tienen nombre, pero obedecen á las extravagantes tradiciones que les son peculiares y hacen gran papel.

Hay además en él cierta lógica, dentro de la licencia que concede lo maravilloso para faltar á ella; porque precisamente uno de los encantos del prodigio consiste en que las cosas pasen contra todo fuero racional: el espíritu parece que, cansado de toda traba, gusta de romper hasta con las leyes del entendimiento y se complace en las cosas inexplicables, aun á costa de lo inverosímil y sin miedo á lo imposible. Cualquiera diría que le duele á veces venir á la realidad y abandonar el absurdo. Y es que el absurdo es la libertad absoluta y los espíritus suelen amar ferozmente la independencia.

Hay lógica en el cuento: entre amar á una muger y robarla como hizo *Fadelberto*: entre poseerla y no querer darse á conocer hasta no estar seguro de su amor, tanto mas cuanto que este amor había de vencer la repugnancia que en toda muger jóven y bella puede inspirar un hombre que no podía presentarse sino bajo la apariencia de un ser negro y feo; la hay tambien entre la falta y el castigo, como luego entre la expiación y el triunfo: la hay, en fin, entre las calumnias y las pruebas, entre los éxitos y los premios, entre la acusación y la sentencia, y entre la inocencia y la apoteosis final. No está, pues, el cuento totalmente desprovisto de sentido: no se ven grandes soluciones en la malla: antes se hila bien y las maravillas solo se tropiezan

en los nudos, como para resolver los incidentes. *Mariquita* es robada por los aires, servida invisiblemente, y traída y llevada sobre las nubes: el castillo se hunde por poder mágico: su escarcela se llena de igual modo y su asistencia, durante el período de la expiación, es también extraña y sorprendente. Las pruebas son estravagantes y las resoluciones tenían que ser fantásticas y prodigiosas: su vida en la corte es inverosímil y el desenlace es impresionable, brillante y asimismo maravilloso, como para dejar en la imaginación la larga huella que me ha permitido reproducirlo despues de mas de 40 años!

Los toques cristianos aparecen bien marcados en la idea de culpa y redención por el sufrimiento; en la ocurrencia de colocar un episodio en el locutorio de un convento; en la abnegación y la fortaleza con que se ofrece á expiar su culpa la protagonista y con que lleva á cabo las pruebas: en la idea de hacerlo todo por su amante antes que por sí misma, con el propósito de redimirlo de las cadenas que le había puesto su encantador, aunque no volviese á poseer su cariño; y finalmente, en esas continuas oraciones con que evoca al cielo en los peligros y fortalece su ánimo en las empresas.

Tenemos pues, aquí una ficción antigua, algo vestida á la moderna como para que pueda subsistir en el siglo y llegar al venidero á favor del trage, á la manera de esos viajeros de extraños países que mudan de hábitos para ajustarse á las costumbres y facilitarse el trato de las gentes que visitan. Esto parece indicar que en este cuento han colaborado muchos ingenios: que cada narrador lo ha modificado ó enriquecido en los detalles, y que hoy resulta como una compilación de ideas fantásticas, tomadas de aquí y de allá y reunidas, no diremos bajo un pensamiento común, pero sí en torno de un mismo cuerpo: porque en este género de composiciones la variedad triunfa sobre la unidad y la armonía no significa el propósito de una síntesis, sino la necesidad de una trabazón. De todos modos, conste que yo nada le he agregado, sino que le he reproducido con la fidelidad con que vivía en mi memoria.

